

# **LAS HORAS EN LA BRUMA**

Juan Carlos Mondragón

A mi abuelo Nazario Mondragón  
que me contaba historias parecidas.

...y una especie de  
mar le salía a Lautréamont  
por la mirada por la boca  
por las muñecas por la nuca.

Juan Gelman

# I

**Llegó** suspendido sobre los rieles paralelos cualquier domingo del último noviembre en el tren de las 23h.47 que viene de París. Ninguna persona lo esperaba a lo largo del andén a la intemperie, tampoco en el vestíbulo casi desierto; ni en la ciudad que estaba escrito donde por fin entraba. Fue de los últimos en bajar del vagón y trepar luego a la estación llevado por una escalera mecánica lenta y amarilla. A esa hora tardía los abrazos de recibimiento al viajero son cordiales sin más y manotear el equipaje a los recién llegados un acto reflejo de las manos que esperan.

Acompasando su ingreso silencioso, el protagonista del relato observó la prisa de otros pasajeros por alcanzar los automóviles estacionados en las inmediaciones. La premura de una mujer atractiva para conseguir línea en cabinas telefónicas de la sala de espera y comunicar a alguien querido un arribo sin inconvenientes. En contrapeso al desprendimiento progresivo de los anónimos compañeros del viaje de dos horas y media, él supuso estar en un momento crucial de su vida; dejándose convencer de ello por sutiles conjuros combinados en una ciudad portuaria a la que se llega por primera vez.

Como esas convicciones nunca se sostienen por claras razones de aprehensión inmediata, evitó disfrutar en exceso la idea de asombros latentes, optando por

guarecerse en una prudencia conforme a su condición de extranjero. Admitiendo de buen grado la ventaja de llegar en horas de la noche, que suma otra textura a la superstición de destino y tolera divagar sobre lo imprevisto que puede suceder mañana. Sencillas expectativas como algún sabor salado que se incorpora, cierta música y el perfume de una mujer determinada, capaces de hacer inolvidable esa ciudad de paso, encallar en la memoria el nombre de una calle portando un paisaje anodino al límite de la percepción.

El viaje -este preciso viaje que comenzamos a evocarse decidió en sus aspectos prácticos en apenas cuatro días. Deseo abrupto en su compleja formulación, fue camuflado por motivos referidos a inesperadas, favorables circunstancias laborales ("es una buena oportunidad, única y seguro que irrepetible en la vida... una propuesta que sería insensato desaprovechar"), que acomodaba la curiosidad de estar solo una temporada, poner distancia con lo cotidiano y sacudirse el ardor de relatos dispersos que lo acompañaban desde la niñez. La familia quedó esperando en la otra ciudad; los extrañaría, pero igual decidió prescindir por una vez de los cariños cercanos y dedicarle el tiempo necesario al cabotaje marino de los buques fantasmas.

Cuando el pasajero salió de la estación reconoció el olor del viento trasladando amenazas de temporal portuario. Adivinó al otro extremo del mismo aire cormoranes y

gaviotas insomnes suspendidas, aliabiertas e inmóviles sobre la rompiente de olas incansables contra espigones de piedra: ennegrecidas por fugas de petróleo crudo y cascos herrumbrados asomando en la superficie, rodeados del ronroneo carrasposo de remolcadores desperezándose en la madrugada.

Se sucedía la noche del desembarco, el viento disipó en pocos segundos el grupo compacto de viajeros dispersándose presurosos a refugios asignados, como si hubieran escuchado ululantes sirenas avisando de carlingas lanzadas en picada y mortífero vuelo rasante.

En las esquinas más alejadas del paisaje desaparecían los últimos cuerpos de peatones con paquetes y bolsos. Los semáforos próximos a la estación –en la confluencia de las calles de acceso y rutas de salida a todas direcciones- eran excesivas ante tanto silencio acumulado. Así decidido por invitación de ciertas luces, el protagonista caminó sin apuro por la casi segura calle principal. Una primera entrevista convenida tendría lugar dentro de tres días.

Consideró un gesto amable que los luminosos de los comercios céntricos aguarden a los viajeros del último tren de la semana proveniente de París que frena en la ciudad. La ruta paralela de luces encendidas era pasiva de señales, propuesta para evitar el extravío a viajeros primerizos llegados a puerto por una de las estaciones de ferrocarril. “Noche de domingo” pensó el ingeniero Soubervielle y se dejó llevar por la intuición, postergando la iniciativa de

decidir para cuando estuviera de frente a lo imprevisto, aunque más no sea la sombra de un gato velocísimo.

En los primeros viajes con Margarita él llevaba una ordenada agenda, hasta considerar que importaba poco saber que el 19 de setiembre de 1979 habían tomado chocolate en el café Mozart de Salzburgo y llegaron a la terminal de Florencia un sábado nublado hacia el atardecer. Las fechas fundadoras sin necesidad de anotarlas en dietario alguno, vuelven con perseverancia de mareas atlánticas y de la luna nueva como lo comprendió esos días que aguardan.

Pensar "noche de domingo" era suficiente. Después de muchos viajes hay uno cuyo destino se postergó por años; el ingeniero sabía que cargaba otra valija adicional sin consignar como exceso de equipaje en las aduanas cruzadas. Pretendía restarles importancia a esos detalles siendo imposible; se sentía recayendo en la costumbre atávica de conocer las calles, árboles, puertas y la costa atlántica donde nació su padre. Después de algunos años y sopesando su escepticismo hacia afectos sobrevalorados, se convenció de que nada había para recuperar, acaso la curiosidad por determinar ciertos puntos de fuga de la vida paterna.

Aunque lo negó repetidas veces en conversaciones sin trascendencia, su viaje buscaba epilogar relatos entreoídos desde la infancia, sacudiendo narraciones suspendidas del tiempo y acelerar finales anestesiados. Hasta el día que

murió su padre, el ingeniero nunca sintió la urgencia ni la curiosidad por planear un viaje a la ciudad. Algo entre ellos ocurrió en las horas últimas de la vida cruzando el puente de la agonía y agolpándose en momentos previos a la muerte. Baúles desenganchados en bodegas de barcos debajo de la línea de flotación: canciones ásperas de alta mar recordadas en un delirio terminal. Un sacudirse sondas y vendajes como si el moribundo aventara cargas molestas a la navegación. Cuando una escuadrilla imaginaria deja caer espoletas fulminantes incinerando amigos, amores, la cocina de la casa y las horas reservadas para alcanzar el futuro.



“**Es** cierto que allá formó familia y jamás pretendió reconstruir su vida pasada; estando tan lejos, habrá pensado que ciertos escombros es preferible dejarlos sin remover y una vida –la suya- era insuficiente para rearmar lo destruido. Estoy seguro que él nos quiso con cariño tocado de ruptura; sin la consistencia que otorga la filiación de tres generaciones predominaron el instinto, los recuerdos y la necesidad de continuar viviendo.

“Siempre extrañó la ternura que brinda la vida sedentaria, nos amó lo mejor que pudo considerando su condición de viajero obligado. Otra existencia anterior daba la impresión de haberse ahogado en una travesía. Con el tiempo yo mismo supe lo complicado que es la vida fracturada y se asemeja a la contemplación de un paisaje con puentes bombardeados. Cuando algo se pierde con violencia sobreviene un silencio inabordable; pasa con ciertas mujeres que amamos y ciudades predestinadas que nos aguardan pacientes hace mucho tiempo. Nacer en puerto de padres emigrantes ayuda a templar esa ironía de la no pertenencia a sitio alguno, acomoda el sencillo desamarre de afectos que suponíamos eternos.”

Un hombre sabe si su vida está ensamblada de urgencia, aunque lo disimule se evidencia en su forma de recorrer determinados trayectos. Cuando Jean-Marc murió, su hijo Armand se liberó de unas pocas dependencias referidas al carácter paterno, quedando anudado a pesadillas de insomnios vedadas hasta entonces.

En una de ellas, creíble para explicar su presencia en la ciudad y sin tenerlo claro, busca unir el tramado de palabras oídas en la infancia, tocadas de inocencia cada vez que Jean-Marc rearmaba días pasados. Busca en el presente avistar barcos sin bandera ni mirada de experto ingeniero naval, sino como polizone adolescente sediento de aventuras pronto a zarpar de inmediato; al descuido se diría.

Los días previos al viaje revisó las cartas de marear y rutas clásicas del Atlántico en Enciclopedias del Mar envejecidas. Hojeó el álbum familiar heredado y quitó una de las fotos en la que estaba su padre. Limpió su colección de pipas en desuso como hacen los capitanes mercantes jubilados, por si acaso al regreso del periplo reincidía en ese placer de cuando estudiaba. En la foto retirada –tenía la intención de llevarla consigo hasta el destino final– Soubervielle padre está en pose con otros tres camaradas. Uno tiene una gran gorra ladeada, chaleco y un saco que parece de pana doblado en el brazo; los dos restantes están en camisa con mangas arremangadas. Entre los cuatro su padre es el de aspecto más juvenil, el que encendió el cigarrillo en el trámite de la toma para parecer mayor en el recuerdo.

En la caja de cartón destinada a preservar otros recuerdos menores, había postales que nunca llegaron a enviarse a destinatario alguno, sin leyendas manuscritas en el dorso ni matasellos fechados. Mostrando faros atribuidos

a la ciudad, fachadas de hoteles desaparecidos con la hilera en pose del personal, calles adoquinadas atravesadas por carruajes de tracción diversas. Cómicas y aglutinadas comitivas oficiales inmortalizadas para nadie, habitando ceremonias solemnes al borde flamante de cascos imponentes. De todas esas historias sin relato que las rescaten y tocadas por ese tono sepia del tiempo obrando, durante años únicamente lo separo el mar océano sobre el cual navegó hace pocos días. La muerte del padre lo arrastraba en el presente a muelles obviados en viajes anteriores, sólo el mar se interponía y cuando es sublimado una especie de mar: no selvas enmarañadas, cordilleras intransitables ni desiertos calcinantes. Recién ahora el ingeniero parecía estar capacitado para seguir su camino ya dictado sin extraviarse. Encontrar el rastro neto de las aguas de puerto hospitalario, identificar la agresión de quillas hendidas, la letanía de cadenas perpendiculares dejándose arrastrar hasta el fondo barroso por el peso ingravido de áncoras biológicas.

Con esa muerte se produjo en el circuito del ingeniero el tránsito de la indiferencia a lo inevitable. “Descubrí que, ya era tiempo de ir” se contó una tarde de asueto, sin dejarse la oportunidad de una réplica convincente y admitiendo lo preciso del enunciado. Margarita toleró sin oponerse las razones esgrimidas de deberes profesionales, eludiendo el argumento que ella suponía definitivo en tan intempestiva decisión. Inclusive lo obligó a disponer de una

parte considerable de los ahorros en la aventura –ellos planeaban cambiar de departamento- para que las escuchas que comprometían la estabilidad emocional de su marido se terminaran de una buena vez.

Ella sabía que la muerte del suegro lo había afectado al punto de obligarlo a ir hasta aquella ciudad, sin recordarle que muchas veces en otros viajes ella insistió en visitarla, a lo que Armand se negaba siempre. Lo ayudó en todas las gestiones fastidiosas ante el Consulado francés para obtener los papeles necesarios, que le posibilitarían visitar los astilleros como técnico invitado y consultor extranjero. Tramitó visados y pasajes con Air France, organizó una cena de despedida familiar y estuvo con él en el aeropuerto de Carrasco el día de la partida del vuelo.

Un viejo amigo de Armand, oncólogo y exilado político que trabajaba en el Hospital de Colombes fue el encargado de recibirlo en la terminal del Charles de Gaulle, así como de las pequeñas gestiones para asegurarle la continuidad positiva de la travesía.

**Tampoco** en la inminencia de este viaje Armand tomó alguna iniciativa por conocer al menos noticias generales sobre la ciudad, conformándose con la versión inclinada heredera del padre. Negándose a la utilidad práctica de las informaciones turísticas, era lógico que no tuviera ni la menor idea de donde pasaría la primera noche en el lugar. Un desajuste en su organización social planificada y premonitorio acicate de improvisación. Algo le agradó en la situación de llegar sin haber combinado reservaciones y aunque estaba cansado, lo mismo decidió deambular por los alrededores.

Armand carecía del llamado sentido de la orientación, sin embargo, esa noche se permitió eximir sin preaviso su tendencia defensiva a las seguridades: sentía que en las próximas horas podía adueñarse por legítimo derecho de herencia de algún rincón evanescente de la ciudad. Igual que lo hacía siempre prefirió inclinarse a las arterias laterales de la trama y se apartó de la avenida principal, volcándose hacia la izquierda sin saber que en esa dirección estaba la zona portuaria. Cada calle intentada le proponía la hospitalidad próxima de un hotel familiar y él optó por desoír las primeras insinuaciones de la fatiga mental.

Prosiguió la marcha hasta que vio y sintió en el cuerpo –a unos doscientos metros de donde estaba cuando se estableció el contacto- un probable límite (indeterminado como deslindes del agua de los ríos), línea imaginaria y franja narrativa donde se disgregan los poderes urbanos y

comienzan los imperios portuarios. Zonas evanescentes de panorama nocturno devastado, encadenado a luces anaranjadas de advertencia. Calles transitadas por semirremolques de matrículas forasteras cruzando fronteras cuando amanece. Sombras indestructibles de construcciones perceptibles apenas entre la transparencia dificultosa de la bruma costera. Armand reaccionó pensando en un muchacho náufrago aterrorizado ante el peligro de un renovado embiste contra los arrecifes. En noche nublada y con la brújula razonable desnortada, prefirió recalar de este lado verbalizado del delirio, al menos hasta el alba coincidiendo con el retorno de las redes de pesca.

Le gustaban desde niño los hoteles grandes y pintados de blanco, con escalones de granito rosado pálido y pulido. Esos hoteles pensados para eternizarse al borde de una playa oceánica cubierta de bañistas; edificios desgastados por la arena minutada de veranos reincidentes, protegidos por la somnolencia de pasarelas verdes, blancos y celestes. Junto a reposeras tensas hundidas en la grava empapada de la orilla, donde los más pequeños se entretienen construyendo castillos perecederos con juguetes de molde.

Desde una esquina leyó *Au bon Accueil*. "El nombre sugiera algo de modesta hospitalidad" pensó el ingeniero uruguayo. Pasó despacio delante de ventanales desde donde se distinguía el comedor y observó entre penumbras que el tapizado de los sillones comenzaba a desgastarse.

“Seguro –pensó- será un hospedaje de costo excesivo, bien sabemos que la decadencia sincera tiene costo y es normal pagarlo en su justo precio.”

Armand pudo seguir buscando otro lugar para pasar la primera noche, pero algo sin explicar de la fachada atrajo su atención y la situación cordial del cruce de calles cortas evocaron el hotel de las vacaciones inolvidables en una vida pasada. La explicación para decidirse era endeble y sin mucho peso, apenas el suficiente para quedarse allí hasta mañana al menos.

Todavía desde el exterior miró las ventanas entornadas y el área del estacionamiento cercada por una pared podada de transparentes, era sencillo allí imaginar el tránsito calmo de viajeros de comercio extenuados, parejas adúlteras llegadas de los alrededores, el arribo sin reservación de huéspedes extraños –como el caso del ingeniero naval extranjero- que ignoran la razón por la cual están en la ciudad. Lo recibieron con la amabilidad distante del oficio de tratar a personas de paso.

El recepcionista consideró de buen gusto obviar el detalle menor de cotejar tarifas y comodidades; aceptó sonriendo el pasaporte azul que le entregó el inesperado huésped de la medianoche y sin duda muy viajado. En tanto Armand llenaba los formularios de rigor el recepcionista revisó el documento por costumbre, para sonsacar una fugaz información de profesión, nacionalidad y sellos estampando entradas y salidas.

-Usted viene de muy lejos, le comentó el momento de entregarle el pasaporte y la llave de la habitación número cuatro.

-No tanto, contestó Armand en francés impecable y con acento extranjero. Apenas unas pocas horas.

-¿Se quedará cuántos días con nosotros?

En una de las reparticiones de maletín Samsonite para viajar con lo necesario en esos pocos días, estaría bien ordenado el calendario del viaje con fechas, itinerarios, horarios y combinación del regreso; los viajes tienen ahora mejor asegurada la fecha del retorno que la de partida. Recostado en esa tranquilidad de billete cerrado que ofrecen las agencias de viaje, la inquietud del regreso estaba todavía en modo confuso, tampoco deseó hacer de una pregunta de cortesía el inicio de una incomodidad.

-Depende... esas cosas dependen... usted sabe...

-Perfectamente señor, contestó el recepcionista, habituado a los pasos del pasaje sobre el borde de la discreción.



## II

**Estaba** por fin en la ciudad del padre y lo hecho en las primeras horas resultaba suficiente. La habitación era acogedora y nada había de sofisticado decorativo que distrajera de la misión principal. Sin estar fatigado, Armand prefirió descansar a caminar en solitario por la misma noche donde le fue imposible evitar despertarse varias veces en el viaje del sueño, algunas confundido por no captar al instante la nueva circunstancia del cuerpo y la memoria.

Llegando de tan lejos, luego de haber cruzado la línea del Ecuador salteando varios meridianos, cada minuto que fuga es traducido por husos horarios diferentes. Durante los primeros días de adaptación a los viajeros les resulta agobiante adecuar el tiempo presente y padecen –hasta que se acostumbran- la sensación del “horario cambiado”, resultante de la disonancia entre tiempo interior, subordinado por años de costumbre y el indicado en relojes de los nuevos destinos. Esa diferencia mental se diluye emprendiendo el regreso, obligándose a la adaptación asimilando una superposición de mediciones antagónicas; reconociendo lo infructuoso que sería intentar coordinar ese capítulo irreconciliable de horas desencontradas.

Afectado por la disonancia del reloj biológico, a las ocho de la mañana –hora local- Armand estaba despierto,

cansado como si durante el sueño hubiera perseguido algo sin definir huyendo por atajos escarpados. Dejó que el agua caliente de la ducha lo salpicara por todo el cuerpo con fuerza de rompiente en una escollera.

Bajó al comedor y tomó un desayuno ligero, escribió una carta a la familia para que diez días más tarde supieran que llegó a la ciudad sin inconvenientes y los extrañaba, instalado en el comedor del hotel recatado y silencioso. Luego de cerrar el sobre desplegó encima de la mesa el plano de la ciudad recuperado en recepción. La hoja desdoblada y fingiendo la ciudad cubrió los platos con migas de croissant y las tazas vacías; colocando a un costado el vaso con jugo de naranjas frescas que se reservó para el final.

Con la voluntad de hacer armonizar diferentes líneas cartesianas, acercó el plano abierto a la agenda con citas previstas en los próximos días. El primer encuentro importante sería con el jefe de los ingenieros el miércoles a las diez y media de la mañana; desde esa hora Armand comenzaría a ser el técnico venido de tan lejos. Exótico conocedor del diseño de barcos petroleros, especializado en la resistencia de estructuras, tanto en relación a fluidos interiores como volumen de agua desplazada en el avance.

Su trabajo concreto distanciado de los centros de construcción, permanecía en la etapa del cálculo y el límite matemático del arte de la navegación. Era consultado periódicamente, luego del estudio detenido él remitía

informes con cifras y ecuaciones que servían para el armado de buques en astilleros lejanos, muchos de los cuales nunca supe sin llegaron a ser botados. Tenía dos días para no ser un espectro, poco más que un extraño yendo a encuentros sin programar, recuperando el gusto de extraviarse por barrios aledaños hasta caminar entre rincones reconocibles.

Permaneció un largo rato en la mesa junto a uno de los ventanales, fumaba los últimos cigarrillos comprados en su país; prolongaba el placer de tabacos conocidos mientras interrogaba la trama de calles entrelazándose, al que se superponía una cuadrícula perfecta de líneas negras, útiles para ubicar con exactitud avenidas y plazas. La ciudad así vista e impresa sobre el papel, semejaba un laberinto sin recorrido secreto, un monstruo con cuernos torneados en el centro y cada nombre deletreado podía ser el inicio de un equívoco sostenido. El conjunto trasmitía la sensación de que sabiendo moverse en ese plano con cautela, podría localizar la puerta de entrada, la segunda boca de salida y el centro mágico donde aguarda agazapado el minotauro marino.

**Nada** tenía para oponer a la ignorancia recién descubierta. Temió adivinar en la sencilla propuesta del plano urbano –entre publicidad de gimnasios, salones de peinados unisex y pizzerías certificadas italianas- la trama indiscernible de esa ciudad a la que nunca conocería del todo. Armand poseía a su favor apenas un finísimo cabo trenzado de recuerdo sueltos y distantes en el tiempo. Fue su propio padre quien, años atrás, decidió anudar nudos intrincados en el telar del silencio; a pesar de una intratable voluntad de amnesia familiar, el ingeniero creía por momento escuchar voces insistentes repitiendo episodios extraviados en el camino.

Extendió su carpeta de trabajo, por cuarta vez encontró cartas manuscritas fotocopiadas, faxes de último momento con confirmaciones. El dossier sobre el temario de las sesiones de trabajo y modificaciones introducidas en su reciente programa de cálculo. Entre tanta demostración de la eficacia a la distancia estaba la foto de su padre, recordándole la premura de citas sin convenir las semanas previas y donde el otro dialogante suele ser uno mismo.

**Las** historias continúan hasta donde puede respirar quien las narra; con vientos favorables son capaces de contrariar el silencio tocando el vértice imaginario donde coinciden realidad y sueño. El teorema supletivo de esa mañana estaba confirmado: hasta cuando él quiso contarle, Jean-Marc nació en la ciudad donde su hijo desayunaba y los postulados subsiguientes podrían presentar dificultades en su demostración.

Puede admitirse sin embargo que las guerras en principio tampoco se conforman con destruir ciudades; lo saben quiénes tienen –como Armand Soubervielle- amigos dispersos por el mundo, deletreando un delta de afectos que jamás darán con la cala amable para el desembarco conjunto. En un gesto positivo de reafirmación genética, el ingeniero podría llegarse hasta el edificio de los archivos municipales e indagar sobre episodios antiguos de la familia. Los archivos son lo que primero arde, dejando a los nacidos entre determinados años sin numeración precisa en la condición vaporosa de desaparecidos, sobrevivientes en memorias parceladas que se deterioran año tras año.

El día cuando su padre se marchó para siempre de la ciudad quedó expuesto un casco de barco pesquero sin calafatear, muchachas embarazadas de seis meses extraviadas en el estruendo y una sopa de cebolla entibiada que nadie terminó.

### III

**Jean-Marc** le contó alguna vez al hijo que había nacido allá que es aquí en el año 1915. Fue por ello ineludible que trabajara en el hormiguero humano que construyó el transatlántico Normandie, antes de haber cumplido veinte años. Entre una guerra de trincheras y la otra segunda faltó tiempo para más en la vida: nacer y resistir al primer año a las estadísticas, pasar semanas doblando el lomo dentro del casco del barco en construcción y padecer una emoción anunciadora de la muerte de la que apenas escapó.

Acaso por prudencia, forzado por la incompreensión última de lo sucedido, siempre calló pormenores concretos que obligaron su huida acelerada por el gesto delator de un nombre desconocido, la peor sospecha de la traición sentida y jamás confirmada. Se salvó de la muerte avanzando sedienta a su encuentro por un desajuste temporal, once escasos minutos de diferencia y el tejido de una casualidad ajena a todo cálculo mental. Alguien decidió solo o en comité por sordidas razones, que Jean-Marc nunca saldría con vida de la ciudad; así ocurrió y una vez encendida la mecha, la traición suelta su reacción en cadena, la confusión se encabrita desbaratando la lógica narrativa de una continuidad prevista.

Lo buscaban para matarlo, se escondió como pudo en depósitos saqueados, dentro de sótanos de casas

abandonadas en barrios rastrillados a diario para dar con su paradero y también de algunos otros de la lista. Después de haber ejercido la valentía, Jean-Marc descubría el temor concentrado de ser perseguido en su individualidad. Mientras la soledad es respiración, el acoso de perros acorrala hasta la desesperación, la captura es a cada hora inminente y la sugestión suicida se mece por el viento.

Nunca detalló el itinerario seguido de miedo y astucia durante la última semana pasada en su ciudad natal. Adrede, quizá más probable queriendo despistar a los curiosos de riesgos ajenos, él confundía referencias del paisaje cerrándose y fechas reales, la ubicación de bares abiertos hasta el amanecer, nombres de barcos implicados y otras coordenadas de los puertos de escala. Un camuflaje tejido de palabra asonantes pretendía cubrir el miedo ante bombas de profundidad activadas, trampas obligándolo a repasar jornadas extenuantes de su vida y otras cuestiones de peso insoportable. Como el haberse negado a regresar cuando el mundo apacible y la Historia factual recuperaron falsos contornos de calma. Obligado a correr sin volverse mundo afuera, Jean-Marc aceptó su destino de aventurero accidental, el pasado irreversible sólo condescendía a reaparecer mediante los sueños.

Cubierto con el desamparo e insomne de clandestinidad, cruzó finalmente el océano Atlántico en un carguero, que fue de bandera noruega en la primera parte del trayecto y australiana una vez cruzada la línea del

Ecuador. Desembarcado del otro lado del mar se diluyó trabajando sin papeles en sucesivos puertos de Brasil. Esa exuberante y seductora exaltación tropical resultó una fiebre deseada e imposible de combatir. Le consumió incontables años, impidiéndole repensar los días confusos cuando se produjo un error fatal del factor amistad que seguía sin poder discernir.

Después de haber vivido hasta la encerrona en la ciudad portuaria donde se encuentran la corriente del Loira y el viejo océano, tenía ahora para sí la inmensidad de la mayor costa atlántica para seguir buscando. Luego de entender, de hablar con acento bretón la desasosegada lengua de Pessoa en versión colonial, Jean-Marc dudaba tras libaciones posesas de ron artesanal y cachaca demoledora si Yemanyá era realmente la Reina del Mar. Desagotó bodegas de mercancías en días sucediéndose sin diferencia de cuarenta grados y diez más a la sombra. Buscó, como tantos otros extraviados, pepitas doradas en el fondo del barro original, exudó el caucho contagioso en tupidos bosques amazónicos, se embriagó entre cadencias sensuales de tambores rituales tocados por negras en celo. Durmió después en barracones entre arañas peludas junto a muchachos opiómanos ingleses, vio descuartizar en siete segundos a negros imberbes con pesados machetes de zafra por cuestiones de hembras, honor tribal y tabaco robado, contempló cómo el brillo selvático de la esmeralda en bruto se tragaba griegos y noruegos, belgas y alemanes.



Vomitó al despertar con el sol bien alto líquidos marrones, ahíto como estaba de cerveza negra y feijoada recalentada, luego de escuchar durante horas los relatos incoherentes de un marino francés.

Ciertos días, le intrigaba conocer el nombre de los cargueros que reversaban en la costa esa chusma suicida en oleadas sucesivas. Otros domingos sin nada para hacer, él se hundía en la contemplación de las fotos salvadas en la huida, esa nada del pasado revelando que logró rescatar a las apuradas. Durante esa vigilia él regresaba al vientre abierto del paquebote Normandie a medio terminar, allí estaban para siempre los cuatro compañeros rodeados de hierro y herramientas en los minutos previos a la salida al abrigo de vinerías cercanas.

Durante esos jornales extenuantes juramentaron que, en el futuro lejano ellos entrarían en ese mismo barco terminado como pasajeros de primera clase. Cuando pudieran hacerlo se marcharían lejos, harían fortuna a toda máquina y volverían a casa andando por cubierta con zapatillas de tenis, Cenando con champagne en el gran comedor donde actúa la orquesta, disfrutando el cariño furtivo de mujeres misteriosas seducidas con su beneplácito en la fiesta enmascarada del cruce del Ecuador.

Luego llegaron frustrando la película nuevos barcos, otras lenguas y tripulaciones. El estuario astillero se quedó sin ostras de cultivo, gritos de pescadores ofertando la pesca al kilo, por cajón y pieza. Ni bolsas de lona marinera

chorreando agua salada mientras las bestias oceánicas se agitan en vano antes de morir. En noches de Brasil tan próximas a las inalcanzables Nubes Magallánicas, él procuraba indagar las consecuencias de su apuesta personal en la partida aplazada de la guerra.

Era tarde para Jean-Marc; el muchacho francés no pudo abandonar el cuerpo de las mulatas y a pesar del agobio reiterado del calor sofocante, se abandonaba a la dulce letanía del idioma capaz de convencerlo de dejarse morir sin que a nadie le importe. Atravesó así el curso de varios años y descentrado de su vida original, hurgando con naturalidad el misterio acotado entre los trópicos.

**La** noche del 16 de julio de 1950 –cuando en el Estadio Maracaná de Río de Janeiro Brasil perdió la final del campeonato mundial de fútbol- consideró lo sucedido mensaje personal que le era dirigido y un indicio nítido: era tiempo de partir más al Sur. Viviendo siempre al día había pocos asuntos que lo retuvieran en Brasil ni situaciones complejas a solucionar; a la semana del terremoto colectivo, él tenía todo pronto para zarpar y abordó un carguero sin despedirse de nadie.

Cuando a los pocos días el barco puso proa a la bahía de Montevideo, a tres mil metros detrás del horizonte, desde cubierta Jean-Marc divisó sin prisa la extensión de una ciudad de perfiles irregulares, donde predominaban las casas bajas, salvo en algunos segmentos notables de propiedad horizontal. Evaluó satisfactoriamente el cielo de un agosto invernal, recobrando con estremecimiento gozoso que pensaba perdido el fresco ventoso de puerto hospitalario: en menos de un minuto decidió que era un buen lugar para esperar la cita con la Muerte.

Antes de terminado el primer año de adopción se casó con la robusta hija de un inmigrante genovés, propietario de un puesto mayoristas de frutas y verduras del mercado portuario. A los pocos meses llegó a la familia la primera niña y en los tiempos mínimos de gestación la segunda; el varón tan esperado nació en el verano del año cincuenta y cinco. Con un pequeño capital facilitado por el suegro, el francés se inició en el ramo de la carne bovina; a pesar de

que los ingleses dominaban el sector cárnico desde los cueros al rabo, pudo concretar buenos negocios –prudentes para no inquietar a los frigoríficos hongos de Su Graciosa Majestad- que fueron aumentando año tras año.

A medida que pasa el tiempo pierden interés para el relato los pormenores de esa prosperidad, el viejo Jean-Marc tal como lo había decidido en el año cincuenta, murió allá y hasta puede entenderse. Olvidar regresar a los orígenes es uno de los destinos posibles de los viajeros acuciados.

**Rebobinando** al presente de la escritura, el ingeniero interrogaba el mapa queriendo adivinar cuántas ciudades reales escondía el simulacro, si había un sentido en algunas coincidencias inclinadas a reiterarse. Además de concretar episodios de estricto orden profesional, había venido motivado por asuntos igual de negados que suspendidos de la memoria familiar. Armand estaba indispuesto a aceptar tales premisas, nunca fue una personalidad con tendencias nostálgicas; él podría replicar con tino y ser persuasivo hasta lo irrefutable, sobre que la demora de su llegada a la ciudad era un argumento válido y favorable a su conjetura de las meras casualidades. Nada de reconstruir ni reivindicar, apenas ajustar si fuera necesaria –parecía ser ejercicio de cálculo infinitesimal- aspectos mínimos, guarismos que podría ser considerados intrascendentes.

Había pasado demasiado tiempo y mucha agua bajo los puentes como dice la gente. El pasado, que tal vez podía cotejar con lo sucedido allí fuera del hotel en la ciudad, era lo más parecido a un sueño que podía representarse: una fotografía vieja, el argumento sabido y falto de asombro, continuidad de recuerdos dispersos sin secuencia lógica que los unifique. Persistían en su memoria activa escenas nítidas y otras extrañas, sorteando cualquier explicación ni relacionadas con los demás hechos. En ese proyecto doloroso de restauración con condiciones y que él se negaba a emprender, interferían además linderas memorias personales.

## IV

“**hacia** el atardecer, cuando la circunferencia imperfecta del sol rojizo es la única parte con movimiento en la recta de la línea del horizonte, el mar es bien llano y la luz rasante avanza sobre la superficie encrespada, igual que las piedras chatas rebotando cuando se las lanza paralelas al agua de los estanques: yo miraba hombres pescando, recostados a los muelles, parados sobre piedras cúbicas numeradas, esperando más que un pique enganchar la forma de un prodigio que nadie llega a visualizar

por más energía que impriman a sus cañas curadas y aparejos artesanales, las plomadas redondas y piramidales nunca alcanzan la escollera atravesando la bahía, cubriendo los remolcadores de temporales intempestivos

papá llegaba hasta nosotros después de trabajar todo el día desde la zona asignada a los depósitos frigoríficos y yo hacia el máximo esfuerzo por fijar la mirada; a esa hora la luz del sol se reflejaba contra adoquines gastados por el agua salada y los rieles brillan por fricción de vagonetas internas

un rebote cegador difuminaba la silueta de padre, reconocible a pesar de tanta claridad transitoria

por sobre todos los días prefería los viernes, cuando la familia se citaba en el puerto y papá nos llevaba a recorrer los muelles prohibidos

otros rincones secretos a la ternura añorada del puerto que se muere cuando pasan por allí los mandos motorizados; si el tráfico daba la felicidad del transatlántico entrando en la dársena Sur, el hormigueo de hombres montados a las grúas de carga nos deteníamos al extremo de los fondeaderos y permanecíamos allí por una eternidad

al borde de barcos roncós y bramadores bordeando la bahía con la premisa de fantasías posibles: bullicio de lenguas extranjeras, insolaciones de entrevistas aventuras, nombres de navíos evocando mujeres inolvidables, conexiones imaginadas con islas del Pacífico sur, banderas descoloridas por el viento circular que comenzaba a conocer

si la noche se presentaba serena y levantaba el fresco soportable a la orilla del río como mar, esperábamos la salida del Vapor de la Carrera, que cada noche transporta pasajeros de Montevideo al centro de Buenos Aires

mis hermanas y yo saludábamos con la mano a los viajeros de la noche apoyados en barandales de cubierta, parecía que todo el mundo desde arriba contestaba nuestra despedida en el alejarse lento del barco mar adentro, lo hacíamos con la alegría infantil de darle los adioses a viejos conocidos

papá sonreía de la impresión emotiva que nos causaba esa "cáscara de nuez" y contaba que, siendo muy joven,

había trabajado en la construcción del barco grandísimo, sin decirlo ni nombrarlo, al narrar él imaginaba el interior del Normandie en el viaje de primera clase que siempre soñó y nunca pudo ser

yo quise conocer los barcos desde adentro hasta darle sentido a las caminatas en el atardecer que aquellos veranos en el Puerto de Montevideo, el resto y una vez tomada la decisión fue un poco de fortuna manual con el dibujo y mental con los números sumando un larguísimo proyecto... el perfeccionamiento de la excusa prudente justificando venir hasta la ciudad reconstruida.”



**-Pobre** papá, dijo el ingeniero hablando con él mismo, mientras miraba, sin atender a nada concreto a través del ventanal del comedor del hotel, queriendo conciliar recuerdos infantiles, su relevamiento cartográfico del desayuno y la realidad tangible indiferente que sucedía por allí afuera.

**Era** temprano para saberlo, en pocas horas se familiarizaría con las calles principales del lugar hasta fijar sus puntos de referencia. Tardará unas horas en comprender por qué hay en la ciudad una plaza de los Cuatro Relojes fijados en un cruce perfecto y calculado de calles asfaltadas. A primera vista aparentan un avanzar sincronizado, es preferible sospechar en ese cuarteto de agujas calados diferentes de las quillas. Las cuatro esferas blancas con cuarenta y ocho números romanos no tienen noticias las unas de las otras; si es probable suponer la existencia del mecanismo común compartido, igual se puede especular que cada cara marca su hora específica, sin importarle lo sucedido con el tríptico restante.

En el punto del cosmos donde interviene esa imaginada intersección de líneas ideales, partiendo de la jardinera multicolor circular, emerge un palo mayor de velero clavado en la tierra y sostiene –en el extremo- un farol de diseño apegado a la antigua tradición marinera. En la línea vertical del mástil y antes de la luz solitaria que remota la plaza, se despliegan los Cuatro Relojes indicando tiempos disidentes, considerando el rumbo que se traiga y el punto cardinal según desde donde se venga. Nunca fue esta una ciudad sólo portuaria renombrada por los vientos feroces que la cruzan; si algo la distingue de puertos similares es la alternancia disonante de los tiempos cuadruplicados que la consumen y la multiplican.

¿Qué hora de qué día quieren señalar exactamente los Cuatro Relojes inseparables de la plaza? ¿Indican un segundo exógeno rondando mar afuera del tiempo o más modestamente el minuto requerido por cada personaje que los consulta por separado? En esa propuesta a la potencia cuatro, son requisados cargamentos de horas sin declarar en aduana ninguna, sospechadas de ser contrabando con finalidades inconfesables. En la noche de algunos días ese monstruo de cuatro caras idénticas pretende interceptar cargas clandestinas; aislarlas y confiscarlas en nombre de las buenas costumbres, en tanto el pasado se cierra sin que el futuro envíe señales de apertura.

En pocos minutos el ingeniero sabrá –cuando haya terminado su jugo de naranjas, ordenado las notas de trabajo y salido a la verdad- que pueden entreverse fisuras disimuladas en la realidad material, desde las cuales es posible espirar la identidad segunda de la ciudad añorada; meses agotadores de reconstrucción urgentes y otras ciudades que los habitantes ignoran sin atreverse a renunciar. Sin la probabilidad de descifrar el palimpsesto de todos los años superpuestos, el proyecto estaría perdido; pero si restan tareas necesitadas de planos de arquitectos, demoliciones y construcciones, piedras de utopías, la verdad mayor e irrefutable es un tic tac discontinuo de los Cuatro Relojes. La certeza de los tiempos acumulados que cronometran la flaqueza de esta ciudad, sin atinar a fijar su

hora y desconcertada en un espacio no euclidiano, donde un minuto es otro probable con segundos sumados.

Están predestinados a extraviarse quienes intentan sincronizar al unísono los detalles disímiles: saber que en cada barco reconstruido en los diques secos de aquí se marcha lo irrecuperable. En los depósitos del tiempo confirmados por Cuatro Relojes de una plaza céntrica de Saint-Nazaire, cada barco y viajero de paso atraca a muelle con su contenedor de historias. Jean-Marc se ilusionó con regresar a puerto transportando por la morosidad soberbia e intemporal de un enorme barco de pasajeros. Armand regresó a la misma población del horizonte paterna en un tren de gran velocidad, que es hoy día la única manera de hacerlo.

Llegó a la ciudad de nombre sabido por herencia y duda en cuál de los cuatro tiempos de la ecuación está desayunado. El ingeniero corre peligro de extraviarse, hasta ser alcanzado por el fuego de una escuadrilla formada por cuatro Destroyers de avance coordinado, como sucedía décadas atrás en los tiempos de guerra.

## V

**“Miércoles** 10h.30 entrevista con el ingeniero Patrick Bonnet, eso será pasado mañana. Mientras tanto habrá que averiguar qué significa decir “tengo dos días para mi” entre esta gente. Lo más sencillo sería buscar lo que posee de común con otros lugares que conozco. Lo interesante será averiguar cómo es esta ciudad realmente, donde la mayor fuerza de trabajo siempre se marcha por el río y bajo la mirada orgullosa de sus habitantes. Debe guardar en algún sitio secreto una vocación inclasificable de desprendimiento y para ironizar un poco sobre su destino estratégico, se la ocupó militarmente haciendo de toda ella una base submarina, imposición que supuso la más rotunda negación de su sentido histórico.

“Fue una perversa y elaborada idea esa de anexar la vida con un mantenimiento de línea de flotación y propugnar su anulación desde las profundidades. La lucha pasa por negar la identidad proletaria del otro y en lo que pueda tener de puerto me atrevo a adivinarla: callados barrios obreros con bicicletas en calles apuntando al estuario perpendicular, placas diseminadas en los muros recordando nombres barridos en fusilamiento indignos, esporádicas tripulaciones irlandesas y soviéticas, la conciencia de estar de paso el día y durante la noche.

“Desde siempre son así las ciudades portuarias, el puerto de las ciudades aun cuando crezcan hacia zonas que tienen amnesia del viento rudo de fines de noviembre. Aquí los astilleros no dan lugar a equívocos, inventan sin tregua la lucidez de que una parte de la ciudad se proyecta en otros mares colonizando millas de aguas jurisdiccionales. Volviéndose inmortal en cada barco armado.”

**En** un punto imaginario donde concurren los Cuatro Tiempos, así como hay un punto velico en cada velamen desplegado a mar abierto, habrá una ecuación precisa que podría explicar –de despejar una tras otra las incógnitas- la relación nigromántica entre ciudad y navíos.

Algún elegido debió presentir en el febrero del año cuarenta y dos -cuando el Normandie se incendió en el puerto de Nueva York y sin explicaciones convincentes sobre el desastre- lo que sucedería el febrero siguiente al otro lado del Atlántico. Ahora mismo durante este instante, una parte de ella está dispersa por el mundo: reparando una hélice fisurada en talleres de Hamburgo, descargando generadores Yamaha en Santos, superando una tormenta frente a costas de Borneo, aguardando una tripulación tardía en muelles de Génova. Desguazándose por cuestiones litigados de seguros marítimos en radas de Bilbao.

“¿Sería muy distinta esta calle cuando papa vivió aquí a como es ahora mientras yo estoy de paso? En demasiado poco tiempo los lugares queridos desaparecen y los afectos quedan reducidos a nombres que se olvidan. Todo avanza a gran velocidad como el tren que pasa varias veces al día por aquí; falta un lugar para el recuerdo de Jean-Marc que fue disuelto por ácidos de ausencia. Siempre reaccionamos de la misma manera, es decir entreabrimos la boca hasta formar un gesto neutro de tontería y decir el olvido, cosas que pasan y así es la vida. Como si pudiéramos inmovilizar

los cuatro relojes apuntando a varias direcciones, susurrando que todos los tiempos es también ahora.

“Andando por el centro de la ciudad sé que nada era así cuando él caminaba por aquí. Miro a la gente caminar y recuerdo que la semana próxima ellos y yo seremos capturados en el tramado de tiempos diferentes. Siento que transito sobre un acantilado amenazante de años y horas. Que cada día aquí puede ser absoluto y distinguir el mañana del hoy sería enrevesado. Excepto si pongo atención a noticias de la prensa, destellos de focos colgantes del gran puente, señales para preservar accidentes tan inconcebibles como una ciudad ardiendo por bombas incendiarias.”



**Armand** deberá aguardar hasta que se haga noche para descifrar el código emitido, el mensaje cifrado por las luces de la ciudad. A pesar de creerse un desconocido que podía caminar pasando desapercibido, hubo gente que reparó en su presencia y llegó a confundirlo con otro viejo vecino de la zona; ello sin la certeza suficiente para abordarlo y saludarlo por error.

Se comportaba en algunos tramos como lo hacen los forasteros que cada tanto deambulan por ahí, desplazándose indecisos como si durante semanas buscaran sin fortuna cuentos fugitivos, entre la vieja estación y las alambradas del puerto. El recién llegado a Saint-Nazaire pertenece a una extraña condición intermedia, se demora en ciertas esquinas y se orienta – ello es desconcertante confiscando el relato- siguiendo el entramado antiguo de los planos originales.

El lector que lo acompaña puede suponer que se trata de una confusión casual demasiado verdadera, se mueve como si estuviera en la ciudad relevada en la memoria sin existencia aparente. La única certeza es este día separado de noviembre del año noventa, cuando es mediodía y lo indicará alguno de los Cuatro Relojes rondando la escritura. El ingeniero no puede renunciar al pacto de materialidad uniéndolo al presente.

La razón de su estar ahí ahora comenzarán a fijarla los colegas pasado mañana. Hoy todo tiene una apariencia de sencilla corrección y es tarde para esperar en los muelles el

amarre de los barcos de pesca. Armand tiene preocupaciones más simples: digamos elegir restaurante en una ciudad que está descubriendo. Reacomoda nombres oídos en la infancia, pero las cocinas familiares habrán desaparecido entre manteles almidonados a cuadros rojos y blancos, sillas de Viena y litografías colgadas en los muros. Igual se sintió con ánimo para intentar localizar uno entre ellos, obligándose a inventar explicaciones que requieren como apoyo la complicidad de los puertos, ayuda probable pues uno de los Cuatro Relojes está orientado hacia el Sur, evitando extravíos en el rumbo de navegantes por la niebla del tiempo y redes submarinas tendidas hace años que siguen a la espera del cofre del tesoro.

En camino compró el periódico regional y los primeros Gitanes, quería confirmar la fecha de la crisis teniendo la certidumbre de un presente compartido con la población del lugar y diferenciar el día ese de la continuidad que se sucede entre el mar y las palabras. Si acaso las ciudades fueran poco más que los puertos con historia, él pasaría sus días aguardando en la costa la llegada de lo desconocido.

Se promete retardar el juego de lo reconocido, acepta el arrastre de fuerzas emotivas ingobernables; por ello en asueto de poquísimas horas se obliga a huir de las celadas de lo ya visto. "Estoy de paso por asuntos profesionales en una ciudad con astillero. Que mi padre haya nacido aquí necesito relegarlo a la categoría de incidente que me precede. Allí donde se nace y se muere, en las pocas

ciudades donde se ama contra reloj sabiendo que el tiempo se termina, esas son las únicas que de verdad importan.

“El que sí nació aquí fue mi padre, ninguno de sus habitantes seguro concibe que alguien pueda morir en Montevideo. Después de la violencia es posible morir en cualquier lugar del planeta; asesinado en una emboscada, de infarto fulminante al afeitarse con navaja en el cuarto de baño, de la rotura de un aneurisma a la orilla de un fiordo. Nadie presta atención a la gente de paso; si hay algo que me falta saber de la relación entre Jean-Marc y la ciudad faltará para siempre.

“Aunque es mediodía tengo hambre de desayuno, almorzaré fuera del Hotel y es probable que vaya al cine.”

## VI

**Lo** único de Saint-Nazaire que pertenecía a Armand, era el momento en que los cuatro amigos hicieron silencio delante del fotógrafo antes de ir a beber vino: ahora él se apropiaba de otros instantes remontando el pasado. Le agradó la alternancia del sol tramposo con nubes de tonos subidos amenazantes, aceptar el desafío implícito a extraviarse sin rumbo; hasta encontrar escalinatas de ingreso a colegios secundarios llenas de estudiantes, muros descascarados de depósitos de mercancía y casas numeradas en serie con cifras blancas sobre fondo azul.

En ese distanciamiento –distinto a las millas ganadas en las horas de vuelo- la familia parecía algo atinente a una vida anterior. Su salvoconducto seguía siendo la fotografía que lo acompañaba, recordándole que un instante de los cuatro tiempos pertenecía a su propia novela familiar. El segundo fugaz tic e inubicable tac que sobrevivía los vigorosos bombardeos de la realidad.

Después de todo estaba acompañado y no estaba tan solo; jamás lo confesaría por propia iniciativa, pero le hubiera contentado que alguien entre los transeúntes cruzados lo reconociera: “Por Dios isí es el hijo de Jean-Marc...! Muchacho, eres idéntico a tu padre, la misma mirada, el mismo mentón... déjame verte de cerca...”

En esta circunstancia de la suposición algo tan simple y entrañable debía ser descartado, el ingeniero miraba las puertas de las casas impares. Alguna de ellas pudo ser la suya, como suya pudo ser alguna de las mujeres andando con paso seguro a la cita de la próxima hora. De niño habría tenido una bicicleta; con dos ruedas y en pocos minutos pudo pasar del paisaje bruñido del puerto –donde eslabones, tornillos y remaches son desmesurados- a la mansedumbre de la costa con arena; que cada invierno se preserva detrás de una discreción de ventanas cerradas, a la espera del primer sol de mayo, cuando la felicidad animal se recobra en las cosas minúsculas.

La identidad verdadera de los lugares se insinúa en el paisaje y afianza en la gente viviendo. Nadie sonríe con un parking pago hasta las diecisiete con treinta y seis minutos, bebe la tercera cerveza junto a una esquina con semáforo ni desnuda lentamente el cuerpo deseado de una plaza cerrada por obras públicas. Los pavimentos perseveran, sin embargo, las fuentes memoriosas persisten mientras las personas envejecen, mueren en asilos para ancianos o se marchan para siempre; como sucedió con Jean-Marc y los hacen desaparecer: así fue con los buenos amigos. Nunca es sencillo para cualquiera entre nosotros entender la guerra de los extranjeros y los muertos ajenos a la familia.

**Había** mucha actividad en el interior del local.

Armand necesitaba el bullicio ajeno, ver gente conviviendo y que otros hayan decidido la víspera cual será el plato del día. Entre tanto alboroto de saludos ruidosos y pedido de mesa para dos o tal vez cinco comensales, él podría proteger su reacomodo de novato provinciano. El ingeniero almorzaría en silencio obligado sin evitar escuchar fragmentos de las conversaciones cruzadas.

En ese ambiente distendido, con saco de tres botones y corbata haciendo juego –ingeniero al fin, atento a proporciones de inspiración geométrica-, podía ser confundido con el analista de sistemas de la Intendencia local. El representante Hugo Boss y Cerruti en la región.

Hasta donde creyó entender, mientras bebía una cerveza en la barra esperando sitio, sería Luc el camarero de lentes ahumados y camisa desabrochada quien –si él viniera todos los mediodías- le asignaría mesa mientras el ingeniero sube la escalera, saludado a conocidos entre los comensales. Si fuera el analista de sistemas de la Intendencia, sin preguntarle nada –hacía tiempo que el almorzaba allí casi a diario- Mitchel le habría traído la copa del aperitivo –el habitual- mientras le preguntaba si pasó un buen fin de semana y cómo estaban Margarita y los niños.

“No creo en nada, no espero nada, déjame terminar...”  
Armand escuchó esa voz lerda que venía de la mesa cercana, un poco a su espalda; podía ser la de un gordo de

lentes y barba colorada. Probablemente de otro individuo con impermeable crema, buscando en todos los bolsillos una cajita de fósforos. Tamaña declaración de principios, era lo menos aconsejable para acompañar una ensalada paisana comida en solitario, pero no pudo entender la continuación.

Como en una cinta audio de múltiples canales, se incorporó al diálogo de los muchachos que colocaron en la pared del fondo un afiche. Anunciando la espera de una muestra de Win Wenders en la ciudad, tal vez del mismo director que ya estaba en camino. Armand sabía que otras ciudades olvidadas están más a mano que París, Texas; en las próximas horas nocturnas, él podría recurrir a los ángeles del otro cielo -se llamaban Daniel y Cassiel en la película-, que le darían alas al deseo infantil de sobrevolar la escena de una fotografía.

Después se sucedieron risas, palabras sueltas; algunos otros solitarios como él concentrados en la lectura del periódico almuerzan indiferentes al reacomodo permanente de sillas, servilletas y cubiertos. En otra mesa grande un grupo divertido parece festejar algo que merece otra botella de vino blanco. Un perro peludo gris y blanco se pasea entre las piernas de los recién llegados con ganas de salir a correr a la vereda. Distingue mujeres maquilladas prontas para marchar a la fiesta inminente y él pasó del dulce acaramelado de los postres.

En algunas caras adivina la satisfacción por una larga sobremesa prometedora entre amigos, cerveza y conversación. El ingeniero está en puerto desconocido y se resigna a ignorar la crónica escrita a diario en la ciudad; es él quien está de paso, deberá pagar peaje, un impuesto transitorio, algo. Se contenta con imaginar preguntas que podrías ser el inicio de una conversación interesada. ¿Quién será el hermano del sindicalista en el astillero y afiliado al partido comunista? ¿El hijo de cuál de los hombres mayores acodados a la barra se marchó a Canadá y muestra a los amigos las fotos de los nietos extranjeros?

Intuye que alguna de esas mujeres que son viudas sin serlo, perdió el gran amor de su vida en la guerra de Argelia. Vaya uno a saber cómo vivieron el resto de los parroquianos la noche del terrible crimen de la costa, hace un par de años. Encubiertos –pensó Armand- por el diálogo superpuesto de saludos, pedidos del plato del día y despedidas hasta la próxima, se establecen comisiones discretas para encauzar licitaciones en el presupuesto siguiente. Repiten reproches de celos en voz baja parejas de amantes adúlteros fuera de toda sospecha social; alguien tiene muy claro lo que había que hacer con los negros y los moros. También la gente tarde en comprender que los nombres se olvidan igual que las facciones; a veces hay fotos salidas de la nada de las que nadie recordaba su existencia y menos quien o cuándo la sacaron.



“¿Cómo habrá salido realmente mi padre de aquí? Un probable camino es la ruta de los muelles que conoceré dentro de un par de días. En aquellas semanas estarían vigilados a muerte; tal vez pudo escapar por la vieja estación, como de allí partió un día otro tren sin necesidad de billete de regreso. Toda especulación es insatisfactoria, habría tantos caminos como tiempos bifurcando y nunca se llega a conocer del todo.”

**Cuando** decae la intensidad de los almuerzos gana el local un rumor de vajilla lavándose en la cocina. La cafetera trabaja de continuo y algunas copas permanecen a medio llevar en ciertas mesas. Las voces remanentes pierden intensidad y una llovizna propia de nubes de la tarde hace más grises los grises de la calle.

Era el comienzo de la bruma portuaria. El artificio que inventa en pocas horas la naturaleza haciendo irreal las grúas y los barcos en la perspectiva. Inoculándoles una rara fascinación de puta decadente, hermosa e imprescindible al deseo. Con la alteración óptica de las formas también se diluye una carga de certidumbre, la alternancia entre sombras y luces se intensifica, acelerando horas secuenciales propicias a la confusión.

El ingeniero consume su tiempo activando episodios menores, mira las fotografías de los cines de cuatro salas, por si hoy de noche decide ver alguna película que lo distraiga. Se detuvo ante la vidriera de una librería calibrando cuáles serían las novedades más vendidas de la temporada y al frente de un negocio donde venden cuchillos, cortaplumas y navajas de todos los modelos. "Siempre es conveniente llevar un cuchillo consigo al pisar la zona portuaria." Entró al comercio y luego de comparar varios modelos similares se decidió por una hoja parecida a las forjadas en su tierra; donde era tradición que, si un hombre se encaminaba a uno de sus posibles destinos lo hiciera armado.

Llevando al menos una hoja de acero, sobre la cual pudiera darse cuenta de cualquier encuentro inesperado. Armand fue consciente que su gesto manual tenía algo de infantil, mucho de iniciativa gratuita y que podía ser el primero de una nueva serie de final incierto. Es cierto que la navaja lo hizo sentir más seguro; desde ahora podría transitar despreocupándose de la repentina luminosidad y opacidad que omite la ciudad de los folletos, abriendo un paisaje de noche americana donde podría representarse la obra más absurda.

La niebla en aumento lo envolvía hasta comprometerlo en la ilusión pasajera de transformar la sirena de los barcos anunciando su paso, emitiendo sonidos estremecedores de los que nadie pueda seguir su origen preciso. En esas pocas horas él notó cambios sutiles en su garganta, que atribuyó al sacudón de saltar en dos días de un clima a otro, perceptible en una modificación leve de su acento en los diálogos con los comerciantes; como si aquí las palabras comenzaran a buscar decir otra cosa de la aparente, recuperando una curiosidad pretérita que se negó a empeñar durante años.

## VII

**En** relación a su misma existencia –lo mismo que en lo concerniente a detalles tenues sobre el dispositivo interior- pueden considerarse versiones diferentes, unas próximas a la complementación, otras contradictorias. Son varios los partidarios de la negación radical, para quienes el bar insinuado nunca existió en la ciudad, siendo una fabulación intencionada de mentirosos irresponsables, falso testimonio de testigos oculares ebrios. Otros querellantes, por el contrario, apostarían su alma y si la tuviera, a la existencia demostrable –hasta creen (en un arrebatado de su sistema de argumentación) haber estado allí, si bien no pueden asegurarlo del todo- concediendo esa caída en la intuición a falta de pruebas tangibles.

Quienes vivían en la ciudad apacible anterior al incendio, rememoran y afirman que, en un rincón imposible de precisar, había un bar –o algo parecido- a ese local en pleito ficticio. De ello hace cerca de medio siglo y si fue demolido –una posibilidad del acaecer del cosmos nada descartable- era seguro que nunca se reconstruyó; después de todo era menos imprescindible que los locales de la maternidad y la iglesia. Unos y otros de los testigos difieren de manera tajando respecto a la ubicación precisa de la puerta de entrada. Si bien hoy día nadie pretende tentar el sinsentido de un relevamiento definitivo y admitiendo la

imposibilidad de un serio trabajo de campo, las teorías sustentadas mantienen intacta su intensidad polémica.

Las tesis con más predicamento basadas en la insistencia y el ingenio, se decantan por el barrio obrero recostado al tendido de las vías abandonadas. En tiempos recientes y con fuerza incontestable, la balanza se inclina por algún pasaje del Penhoët y como yendo a la cabeza del puente nuevo. En relación al resto, más que cuestiones e interrogantes a dilucidar, son ciertas afirmaciones enunciadas para ser aceptadas y rechazados, sin evaluaciones previas de ningún tipo: el local en cuestión únicamente abre los atardeceres de los viernes neblinosos / nunca abrirá pues jamás existió / no se tiene noticia sobre que alguna vez haya cerrado ni siquiera para barrer el suelo / abre cuando llega una tripulación con más de cuatro semanas en el mar / abrió noche mismo.

Unos afirman que el propietario del bar era un portugués, que vivió muchísimos años en Macao, cuando funcionaba la ruta del opio, las especies codiciadas y el reclutamiento de los arponeros. La versión alternativa de la patrona holandesa, sostenida por la memoria de las infinitas calidades de tabacos mezclados que allí podían fumarse, variante que en primera instancia tampoco es descartable. En la ciudad se omite nombrarlo explícitamente siendo epicentro de una querrela que rara vez emerge e las conversaciones cotidianas. Los habitantes decidieron hablar tan solo de los bares de nombre

verificable en guías telefónicas, que pagan impuestos municipales y reciben cada semana la visita de proveedores.

La mayoría de los interesados sonríe si un inoportuno distraído rememora ese asunto pendiente. Siempre cuesta reconocer el derecho de todo puerto que se precie a recibir la visita de capitanes fantasmas y remolcar anécdotas sin verificar, útiles para el momento en que se está tan lúcido, que hasta se puede sostener la mirada al silencio. Es el mandato portuario de sobrevivir con secretos atracados que nadie refiere a los forasteros curiosos de más; aquel que alguna entró al bar por propia iniciativa, se dice que jamás puede olvidarlo. Cuentan –es cierto que todo lo escuchado se tramite de boca a boca sin que se conserve testimonio escrito alguno- que allí puede encontrarse vajilla del María Celeste, un doblón de oro idéntico al clavado en el palo mayor del Pequod y la bandera insignia del Admiral Graff Spee, así como despojos emblemáticos de naufragios terribles.

Al ignorar los días de apertura, mucho más se desconoce el horario. Si es que la mujer holandesa o acaso el astuto lusitano, son algo más que un sueño envinado de veleros, acorazados de bolsillo, prototipos de submarinos y algas sofocando cetáceos. En tanto su espectro navega la justificada indeterminación por el cruce del tiempo y que se constata en esa latitud, es preferible admitir que el bar en cuestión nunca tuvo un lugar fijo trazando bitácoras

contradictorias. Tira ancla en distintos sectores de la ciudad; se lo menciona por encima y a pesar de que todos lo conocen, jamás se lo llama por su nombre. En tanto nadie lo alude, resulta más que probable su existencia. Nadie programa ir hasta allí con los amigos a beber unos tragos; eso de tanto que se olvida la calle donde citarse, y recordar si la escotilla da paso cuando se desea abordarlo.

**Regresó** al Hotel necesitado de dormir un par de horas. A buen refugio, esa tarde soñó en imágenes relacionadas con la ciudad y naufragios mercantes, sin acertar la latitud de la tragedia ni el nombre el capitán a cargo. Mientras intenta una interpretación sensata, la resultante fue una secuencia intermitente y sin principio, partícula elemental desprendida de un argumento en fuga. Soñar en hoteles y alejado de casa gratifica descartando el agobio de un despertador reconocible.

La realidad sería idéntica, pero Armand recibía –en otro punto distante a los habituales- una variante que apreció en lo soñado. Así despertó y se quedó en la cama leyendo una revista vieja, después se duchó como si recién comenzara el día y continuara atrapado por espejismos del horario cambiado. Hizo tiempo retardando regresar a las calles hasta que la luz natural hubo desaparecido, se levantó con deseo de renunciar a sí mismo y la ducha caliente no operó esa alquimia.

La sola modificación eventual pasaba una vez más por el hundimiento y reafirmación relativos a la identidad; por fortuna para el ingeniero, a ciertas situaciones desafiantes es preferible penetrar después de haber dormido. Resentía en todo el cuerpo el cambio del meridiano horario y los efectos residuales del beaujolais nuevo bebido en el almuerzo.

Durante la vigila recordó imágenes del sueño llegando en espiral, propulsadas con violencia desde un punto



interno similar al que imita el sonido del mar en los grandes caracoles; algo así como correr con los pies mojados en una línea recta aparente que se curva imperceptiblemente. Verificó si todavía llevaba consigo la navaja.

Cuando salió a la noche recién instalada y halló los paisajes sosegados, el ingeniero caminó con la expectación de quien busca escenarios sorprendentes para una filmación. En algunos lugares de la noche le pareció haber estado incluso antes del sueño referido. Lo sorprendió tener una memoria exterior apropiada a ciertas perspectivas y que muy bien podían ser nostalgias de su propia ciudad diluyéndose.

En lo profundo de su propuesta para la eternidad, los puertos pequeños se definen por la precariedad de lo que está de paso, tienen una complicidad ausente en parques públicos y mercados cerrados. Con la compra compulsiva de la navaja agotó su capital de acciones sorprendente, dejando intersticios sólo para el transcurrir parsimonioso de los días, disfrutar de la mejor manera el disponer de un tiempo a venir sin urgencias. Establecer puntos de referencia hasta integrarlos como escenas realmente vividas y especulando con que su padre jamás había salido de Saint- Nazaire.

“Ello puede alcanzarse si soy capaz de creer que este podría ser mi sitio para siempre.” Tenía dificultades para dar con esa ficticia tranquilidad y su novela familiar desestimó la costumbre de un violento juego de mareas. Si

en los próximos días fuera probable la irrupción de una incomodidad, sería idéntica a la experimentada cuando un libro cualquier caído en nuestras manos nos sorprende –por error de impresión- con la página en blanco, escamoteando treinta líneas de escritura y que, en su ausencia, se vuelven más esenciales que el resto del libro en su totalidad. Esa página dedicada a Armand, una memoria de no más de dos párrafos, estaba acaso garabateada en muros ciegos. En anales incinerados de lectura prohibida para siempre, en escaleras caracol demolidas y recuerdos extirpados que jamás se contarán en narración perpetua.

Alguna noche del pasado un temporal sacudió el cielo oscurecido, barrió un cargamento de relatos dejándolos a la deriva; aunque se recluten peritos expertos en naufragios y cabotajes de otras tierras para traer a puertos comentarios irreales, es inconcebible una acción eficaz de salvamento.

Excepto si se provoca un violento amotinamiento de imaginaciones colectivas y en los puertos de amarre, los cuentos retenidos insisten en partir; por más que se los amarre con siete nudos marineros, los de verdad dudosos terminan abandonando embarcaderos, marchándose como ancianos enfermos con la muerte y los jóvenes con la vida cambiada de bandera, en ceremonias secretas –tanto como los barcos- para servir lealmente en otras líneas de navegación marítima. Sucede estando en los puertos.

Son viajeros llegados de mares sin nombre quienes recuperan el mejor botín y localizan historias fondeadas

próximas a la costa, merced de vientos arremolinados que desgarran amarras y les enloquece el timón. Ocurre con las ciudades portuarias: se saquean leyendas desnutridas que reviven en otras latitudes. Desde aquí se fueron memorias saturadas que surcan el mar Caribe y de la China, el océano Pacífico y las tierras de Baffin. Imitando a los barcos en reposo, toda crónica respira su centro de carena. Punto cero e imaginario de la parte del barco sumergido, hipotético núcleo de la gravitación universal donde comienza el armado e inicio del empuje.

Para Armand y sin él saberlo por el momento, rondaba el eco submarino de la palabra traición. El ingeniero la traduce con tensa sensación de descontento, una actualización tan deseada como temida. Es confuso entender, durante la huida y confrontados a la erosión de la distancia, los combustibles que usan los motores para alejarse y que pasados los años sentenciados regresan, con el empuje de máquinas de nueva generación.

A la manera de los barcos, Armand se carenó para otras navegaciones en latencia. Cada tanto se cumple puntual un rito de corrientes cálidas, las mareas invisibles y que luego de otoños incontables empujan los navíos a dar media vuelta y olfatear ensenadas. Rastreando hélices que sin rotar escinden el curso sinuoso de la vida. Radares defectuosos, queriendo en vano informar en cuáles coordenadas vivimos y localizar relatos destinados a otras orillas, que de tan lejanas son imaginadas.

**Algunos** vecinos lo consideraron extranjero sin dudarlo, a otros les recordó un alguien espectral identificado por la manera de caminar y la manera de mover la cabeza. La situación de Armand era incómoda; sin pretender forzar los sobreentendidos para ser considerado uno de por ahí, su estar de paso viniendo por primera vez, estaba regulado por horarios impresos que lo precedían.

Desde antes de la Filosofía el tiempo es no mojarse dos veces en el mismo río. El mar que moja los muelles y espigones, sin reparar en ensenadas y paralelos sorteados es el animal desbocado en olajes que todo lo digieren a su paso. Era un dato objetivo que Armand se había trasladado en el tiempo, cambiado de tierra y sin embargo continuaba flotando en el mismo océano sedimentando días parecidos a siglos. Donde quedan esparcidos entre la costa y el azar mercenarios polacos adictos al opio, negros enormes y tatuados que se alistan en barcos balleneros de la Nueva Inglaterra. Hembras crepusculares medicadas repitiendo letanías impúdicas cantadas en Marsella, botellas adulteradas, pesqueros coreanos indigestos de atunes congelados con destino a Tsukiji. Otros cargueros despintados sobrecargados de contrabando tecnológico de última generación, cada uno y así sobrellevando su propia fábula.

Las ciudades portuarias están minadas de relatos atiborrados y aguardan la detonación de algún cuento que pueda ser creíble. Bajo la superficie pululan minas de

palabras sin desactivar, intactas aún desde los años cuando la ciudad era puerto de guerra. El ingeniero buscando y sin saberlo iba derecho al contacto de una espoleta sensible que le abrirá la brecha irreparable en el casco reforzado de sus certezas matemáticas. Hasta despedazarle la línea de flotación, obligándolo a impartir la orden de abandono inmediato y recurrir a botes salvavidas desabastecidos; por la cercanía de esos peligros conocidos y como en la entrada a puerto, también es necesario dragar la escritura. Dejar caer los dientes metálicos y extraer palabras excedentes en ese fondo negro barroso donde se indiferencian lo otro y la verdad insuficiente.

Armand predecía la molestia persistente de recuerdos removiéndose bajo la superficie, la sentía a cada hora más cerca sin saber aquello que saldrá cuando recoja la tanza. Esta reflexión que no compartió con nadie –según el ingeniero- era un episodio excluyente de un pasado equivalente al de muchos otros habitantes de Saint-Nazaire. Sentía aquí la muerte de su padre demasiado reciente para imponer un olvido definitivo.

Su gran adversario de esta coincidencia que venía descubriendo era el espesor del silencio, tan indestructible como la base submarina que gotea, gotea y gotea desde antes en los días de temporal; decolorando más a mes un marrón uniforme y envejecido. Ese monstruo marino que la gente insiste en considerar estorbo intemporal emergió de las aguas hace menos de un siglo. Algunas partes

moleculares de su organismo también se niegan a morir del todo, como si tuviera todavía algo para decir.

**encallé** violenta sobre el puerto abriendo una herida transversal de hierros y cemento, penetré a fondo con prepotencia en la ciudad

monstruo fui de los sueños hechos pesadilla y la crítica razonada de la razón dialéctica

fragmentado y avancé viniendo desde la mar decidida a copular con la ciudad hasta el fin de los tiempos

y fue así que los hombres –antes incluso de intentar el olvido- decidieron quemarme tal como se menta en las cosmogonías se produjo en el tiempo sin Tiempo

los sueños de la razón inventan monstruos informes e incombustibles; durante noches inmemoriales también algunos días, desde el cielo los semidioses pretendieron reducir a ceniza a la bestia detestada

la criatura aberrante y estática que paría submarinos que parían los torpedos

desde el aire espadas siendo aviones de guerra, legiones anglicanas portadoras del fuego colérico pudieron

de incinerar también el agua prisionera de las dársenas

la gente se echó desesperada a los caminos

se abrazó a su casa precipitándose al oleaje

atrás quedaba la ciudad cumpliendo profecías de cenizas y resurrecciones

## VIII

**La** correntada del río subterráneo que Armand imaginaba debajo de sus pasos, amenaza con arrastrar el tiempo presente noche adentro, estrellarlo en los rápidos donde las brújulas se vuelven inservibles. Nada tenía para recordar de manera directa y el remanente de escenas eran supuestos de la imaginación, llevándolo sin tregua hacia la playa del engaño y la pulsión de acelerar los engranajes de las invenciones.

Desde la infancia él vigiló esos excesos prefiriendo la razón de los números a la indeterminación de la función poética. El ingeniero pacta en aceptar el llamado afectivo de la costa; conviene en convivir con otros recuerdos teñidos de una dulce melancolía. Disfrutada mientras dura el paso parsimonioso de otros barcos a escasos metros de los muelles, orientándose mar adentro escoltados de cerca por la tracción tenaz de los remolcadores.

La memoria necesita el socorro de sus remolcadores: coincidencias de nombres propios, años precisos que asaltan por sorpresa la conciencia, fortuitos encuentros que desamarran otros recuerdos destinados a chatarra estática del vivir día a día. En los astilleros de la evocación asuntos insistentes se niegan a ser prescindentes, remachan una tras otra las palabras, así para que floten entre otras memorias con el correr del tiempo.



**Hay** algo bello en el fortuito encuentro de una fotografía antigua y el pasajero del otro Montevideo en un cruce imaginario del tiempo; en el estado involuntario cuando alguna gente está desprevenida y emerge viril un azar desatando sorpresas agazapadas, distantes de toda previsión. Mientras escucha transcurrir los minutos, Armand presiente el tráfico híbrido entre los tiempos con el peligro que supone transitar los puentes endebles.

Pasaron muchos años desde el último día y que no fue el puntual cumplir tareas convenidas de antemano; empezando por la campanilla del despertador hasta al sonido seco del interruptor de la luz antes de dormir. Estar obligado a aceptar la distancia entre el ahora y la entrevista del próximo miércoles lo desconcertó. Estuvo a punto de ceder a la tentación de llamar a Margarita, pero más que un gesto de amor sería un acto defensivo, demostrado su debilidad ante lo que vendría.

A esa hora allá era mediodía y nadie estaba en casa. "Nunca es la misma hora para nadie."

**Finalizaba** el primer día de la semana, después de las horas laborales la ciudad se plegaba en un quietismo de atardecer urgente. En poco tiempo la gente se retira, abandona las calles solitarias zafando de las magias nocturnas; renunciando a jugar escenas transgresoras y que se perfilan en las otras horas, mientras son posibles cruces entre quienes refutan la autoridad diurna de los Cuatro Relojes.

El ingeniero desconoce la improvisación de ficciones nocturnas de la ciudad; se contentaba con encontrar un refugio tranquilo y cándido donde recuperar el perfume del vodka Zubrówka en vaso pequeño, con poca gente alrededor, adecuándose a la segunda noche sin esperar ninguna felicidad casual. El lugar donde entró era bastante tranquilo, si el nuevo consigue ignorar la tontería monótona desafiante de maquinitas electrónicas, exigiendo monedas, incitando a superar puntajes millonarios de jugadores anónimos escondidos tras apodos de cuatro letras.

Con naturalidad cadenciosa se sucedieron las aristocráticas polacas y a Z I le siguió la Z II. Armand no era bebedor habitual y la procacidad de esas condesas varsovianas fue asimilada como si fuera un viejo conocedor de sus encantos secretos. Le agradó sentir en su interior la ardiente y polaca bendición de la zona de Bialystok, preparándolo a los milagros del ver para creer.

Así pasó una primera hora sin que él se diera cuenta, pero al entrar la noche en la ciudad esos son insignificantes pormenores. Bebía con la parsimonia de un obrero de la construcción después de varias semanas de huelga y la impaciencia movediza de quien nada espera.

Cuando el camarero llegó a su lado -tenía el aspecto de otro cliente- a preguntarle si quería otro vodka. De esa polaca que tiene por emblema en la botella un bisonte en vías de extinción y dentro una vara de hierba, el ingeniero y nada más que por decir algo e iniciar la conversación le preguntó qué tiempo habría mañana en la región. Sin percatarse lo hizo en castellano, cuando intentó aclarar, evitando equívocos el camarero ya había entendido otra cosa: que como los forasteros curiosos y más atentos por ficciones que por la realidad, le preguntaba -o así lo entendió en francés- por la leyenda urbana insistente del bar fuera del Tiempo.

Se produjo así una confusión repetida y explicable en ambos sentidos. Buscando evitar malentendidos el camarero ofreció la tercera copa a cuenta de la casa y despacio, le informó que esa noche precisa nadie le diría dónde estaba localizado el bar. En su fuero íntimo el muchacho pudo haber reído; puede que enfadarse al comprobar que la ciudad nunca termina de sacudirse supersticiones de marinos y desesperados; también haber buscado la mirada cómplice de otro parroquiano a mano,

tentando explicarse la causa del retorno al culto de la imaginación.

Ahora bien, el ingeniero comprendió –salvo el desconocimiento de algún vocablo en argot de reciente incorporación a la conversación- que el camarero afirmaba desconocer qué tiempo haría mañana, aunque creyó percibir ciertas exageraciones en la formulación. En verdad el muchacho, evitando responder una grosería al extranjero que remueve asuntos del pasado, le dio su respuesta de ignorancia a una pregunta que juzgó improcedente; admitiendo en el recién llegado un aspecto pulcro, correcto y sin trazas marcadas de prófugo recorriendo bares buscando el final de la noche.

Armand ni sospechaba que nadie se atreve a preguntar así impunemente y a boca de jarro dónde se halla la barra del bar liberado del tiempo, esa noche y también cualquiera otra. Cuando ello sucede y cada tanto, la demanda circula con la discreción con que lo hacen los sondeos referidas a la venta de droga y la prostitución.

El ingeniero entendió que el otro se negó a responder a su curiosidad; fatigado de transitar por pretilos de la conversación, optó por hablar del mercado central de las arcadas y de Bob Marley. Sobre tales asuntos las confusiones son menos probables; sin insistir entonces y mientras disfrutaba las intrigas viscerales de la Corte Z III aceptó que mañana haría buen tiempo. Aunque es imposible saber si hoy de noche abre (seguramente el cielo

y las nubes) y menos pudo hacer coincidir con la meteorología la parte final de la respuesta: cada uno cae fuera del Tiempo como está escrito de antes y dar una pista sobre la cuadra donde el bar abrió por la última vez es la mejor orientación para incitar el extravió.

Algunas noches en el puerto de Saint-Nazaire el viento logra transfigurar los tiempos idos en lugares inexistentes.

## IX

**En** las ciudades entrevistadas por primera vez se va tras lo invisible hasta recobrar paisajes con el olor de lo reconocible. Es imposible hundirse en sus profundidades íntimas si al menos un objeto –por más caprichosa que pueda resultar la conexión- no asume las veces de signo del pasado. Estaba en la ciudad que se llamaba igual que la ciudad de Jean-Marc; donde nació Armand los mayores llegaron de lejos, fueron aceptadas sin distingo ni resistencias las visas de una geografía de la devastación. Jean-Marc era de aquí y el padre de la madre de Génova; ser fruto de una hambruna y los desastres de la guerra es una situación por momentos incómoda.

El miércoles entre las diez y las once de la mañana conocerá los astilleros mágicos que, hasta esos minutos de pasado mañana, serán un sueño con andamios de palabras. Ingresaría por fin y en paz a esas instalaciones, convencido de que, en algún momento de la conversación, reflotaría la curiosa anécdota de su padre trabajando en el vientre sin remachar del Normandie. Luego de la sorpresa en torno a mesas de dibujo y tazas de café, una secretaria sería encomendada a revisar archivos cubiertos de polvo, hasta exhumar una constancia con recibos firmados por haberes, agregando otro rastro del pasado que nunca se reconstruyó por entero.

Sería inútil e inoperante explicar a los colegas que, de una película familiar que jamás llegó a filmarse, se extravió la escena que seguro estaba a la espera en algún lugar de la ciudad; si él llegaba a encontrar fotogramas del metraje faltante de acetato el resto recobraría su sentido perdido. Una labor similar a compaginar documentos mutilados y mundos de entre dos guerras, imágenes reales cada año que pasa más parecidos a la fascinación de un filme. Armand sabe que, de existir ese registro en alguna bobina extraviada sería película altamente combustible.

**“Serán** nada más que unos días –pensó-. El domingo después del mediodía subiré al tren en la estación para ser el de siempre, sabiendo que se trata de un viaje como cualquier otro, apenas con una sensación de paréntesis que se diluirá cuando me meta en el trabajo, que para eso vine aquí y no para imaginar historias raras.”



**EI** delta del tiempo tiene esclusas, hay presentes que escapan a la definición operativa del ahora como el instante inasible y efímero; existen ahora dilatados de duración sin cronometrar, repeticiones regulares de tiempos negándose a marcharse, desentendidos de la continuidad del pasado e indiferentes a la inminencia supuesta del futuro. Eso es: presente absoluto que abrumba, movimiento pendular matemáticamente formulado. Ir y venir hipnótico que termina por no indicar un polo fijo.

En la calma total de los elementos sin motores ni una brisa favorable, Armand se anegaba en un tiempo sin medida, confundido por momentos con el pasado. Los días por venir parecían quedar atrapados en una celada de cura de sueño procesada en vigilia. Hasta que una sirena del futuro le diera paso (-Adelante, adelante... el ingeniero Bonnet lo está esperando.) permanecería anclado en un presente de días, noches y lo que fluye en medio.

## X

**Salió** a la calle que era salir al mundo y una nube espesa le humedeció la cara. Las primeras siluetas a la vista perdían fijación de contorno, hasta hacerle creer que estaba dentro de un banco de niebla y con el instrumental de orientación averiado.

A un extremo de la avenida central la Intendencia de ventanas simétricas -cuadradas e iluminadas a medias- era un paquebote sin quilla surcando la noche a escasos metros de Armand. Deslumbrado por el festejo a bordo olvidó gritar el socorro del naufrago derivando al delirio. En el otro extremo de la misma Avenida, detectó el lento avance de un buque mercante maniobrando entre árboles flotantes. En su proa o popa Armand leyó el Heineken pintado de rojo y más no quiso ver.

Los puertos aceptan el insomnio trabajando a tres turnos e interrumpiendo jornales sólo para indicar el tránsito entre las noches y los días. En la textura expansiva de la ciudad se siente la presión y el empuje de los cuatro tiempos pugnando por prevalecer. "Es cuestión de perderse un poco por estas calles"; emboscado entre dos moles de navegación ficticia que nunca chocarán, caminó a paso de cortejo solemne como merece una venida bautizada de la República, prefirió ir al encuentro de la estela Heineken.

Las letras rojas lograban captarlo con la promesa de saciar su sed de encuentros y cuando supo la colisión inevitable con esa pesadilla nocturna, presintiendo el ruido mineral del casco partiéndose al medio, pegó un giro violento de timón. Viró noventa grados a babor hasta entrar en la zona de Stalingrad, maniobra posible en ciudades con calles de nombre de ciudades.

**Entró** en Stalingrad como espía descubierto, se dejó llevar por una cómoda pendiente ilustrando la curva de la función del Tiempo según ecuaciones de la física cósmica. Transitaba bastante cerca del Hotel, pero eligió la inercia vacilante al insustancial proyecto de soñar estando dormido. “Zubrówka en Stalingrad” dijo y sonrió imaginando que, en un punto fluctuante de la Francia atlántica él cruzaba pasos de fronteras mentales litigadas por siglos.

Siguió por el trazado de Stalingrad con el mismo empuje de un bisonte; así hasta llegar a un espacio abierto, pradera urbana que podría ser otra plaza despojada. Parking salvaje al aire libre, hueco en carcasa de la guerra incesante, la superficie donde los circos de paso erigen su carpa de dos mástiles. Optó por la versión de la plaza, siendo que una de las calles que la delimita atraviesa el segmento Stalingrad; pero a esas horas, cuando proliferan minutos elevados a la cuarta potencia, las calles se escinden en otros nombres asociados y enemigos.

Llegando a ese cruce Armand quiso ubicarse y de desorientó; hacia la derecha, siempre bajando hacia el mar por Stalingrad la calle dice llamarse 28 de febrero de 1943, recordando el día y la noche en que la ciudad ardió. A la izquierda se diría que la misma calle reniega de la persistencia por episodios concretos, opta por la falta de conflicto de paleontología para ser calle del Dolmen.

Durante unos segundos, se sintió acorralado por dos tiempos de la ciudad debatiéndose en la inocencia de un cruce de calles. "Plaza de Cuatro Relojes, calles con nombre de tiempos que se bifurcan". Decidió ser fiel a Stalingrad, apartando la tentación de la calle de los Celtas y la apelación inquietante del Hotel de los Navegantes. El frío de Stalingrad le despejó la cabeza y espantados por un peligro desconocido los bisontes huyeron en estampida. Armand aceptó otra música: luces de neón, motos estacionadas y gente reunida que es la escala de menor riesgo cuando se desconoce el puerto de desembarco.

Entró en el bar La Rue que en los dos idiomas que entendía quiere decir la calle. De Stalingrad -no la ciudad sino la calle- entró en la calle que es el nombre de un bar y/o la tautología de una calle sin nombre.

Los lunes - ¿es ahora todavía lunes? - no hay muchos parroquianos en el bar. "Es duro ser un bluesman" fue lo primero que escuchó al entrar.

Desde una mesa azul, delante de los faros amarillos del Peugeot blanco partido al medio y que sale de la pared, dos parejas (una con un bebe dormido en cochecito sin nada de decorativo como el otro) lo saludaron. Armand responde sin preguntarse por coincidencias y errores explicables por la estadística, aceptó una entrañable integración de larga data con la ciudad, adivina la expropiación imparables de algo suyo en cada hora que pasa.

El hombre que atiende la barra –el que le dijo al muchacho de la campera negra la sentencia inicial- le da la mano y afirma más que preguntarle: “¿Lo de siempre?” Nada lo sorprende y es preferible asentir a interrogar sobre la voz anterior; sabe que el camarero regresará a su mesa con un vaso frío y la botella de Zubrówka. Trata para equilibra la situación de imaginarse el sonido surrealista de una carcajada de bisontes en manada.

El muchacho de la campera negra y tejanos deslavados reconoce la música que empieza a escucharse. Entorna los ojos, arquea el cuerpo algunos grados y acompañando el casete, entona una contra voz de barítono creíble en su dolor, casi perfecta en la duplicación del blues que emiten los parlantes. En una mano tiene un vaso de cerveza negra y con la otra, callosa por incontables horas de trabajo, marca la cadencia y el ritmo. Es verdad: nunca fue sencillo comportarse en la vida como un bluesman.

En otro de los tiempos y otra de las mesas (¿blanca, turquesa?) una mujer joven de pelo corto y hermosura transparente en la mirada, recuerda con nostalgia años de una juventud pasada y cuenta –en italiano- semanas felices de Milán y de Roma, días de trabajo en la redacción de La Repubblica. Ella levanta un vaso largo con licores traslucidos y canta el Bella Ciao; cuando la canción llega al momento de la libertad, el resto de la mesa se suma al coro. Levantan las voces formando un conjunto desafinado de una sola palabra, que para cada participante recuerda

episodios diferentes. El amor terminado, algún amigo preso y un día soleado de la infancia.

En el minuto siguiente el ingeniero sabe hasta que recuerda su propia memoria, que en el bar de La Rue en la calle Stalingrad de Saint-Nazaire él fue agente infiltrado de la Agencia Zubrówka y escuchó a Thierry cantar blues, como si estuviera en una gasolinera de las carretas que atraviesan el medio oeste americano. Cantó marchas partisanas y asistió a la puesta en escena definitiva –sólo para sus ojos- de la trágica tetralogía de los Cuatro Relojos de la plaza, que se divisa desde la puerta de La Rue en la parte de la calle llamada Stalingrad.

“Ahora, si de verdad soy yo el que ellos piensan que está aquí llega la música de Coltrane.”

Tampoco debió esperar mucho tiempo para escuchar el sonido del saxo abriéndole nuevas puertas, incitándolo a tentar algún artificio reconciliando vivencias y duplicándose una detrás de otra. Lo primero que se le ocurrió para relativizar el desacomodo, fue conjeturar que navegaba en un sueño. Las imágenes irreales se sucedían en continuidad acelerada que lo hacía improbable, temía escuchar un tango de un segundo para otro y que el mismo comenzara a cantarlo, superponiendo su voz colocada a las estrofas de los camaradas italianos, a la voz del blues de Stalingrad y a bisontes polacos cautivos, entonando Tanhausser en la inauguración marcial de la base submarina de ahí enfrente.

Necesita sacudirse esa predisposición mágica al tibio refugio de las evocaciones, salir a la intemperie y capricho del inhóspito viento cruzado; se defiende con el autoconvencimiento: "En pocas horas estaré en reunión con los ingenieros." Armand quisiera poder culpar a los poderes secretos del vodka, pero todo aquello que lo rodea es real y verdadero, hasta sabe que serán veinticuatro francos lo que debe. Cuenta las monedas y las deja junto al vaso vacío, saluda con un gesto lleno de sobreentendidos y desde el bar La Rue busca la calle. Desde Coltrane busca la calle, desde la calle olvidó lo que está ahí buscando y se resigna a esperar el encuentro.



**De** las músicas entremezclada se transportó a un sonido único, sin respiraciones de silencio que materializan el pasaje del tiempo. Ruido sostenido de generadores con combustible desconocido, donde se incineran los tiempos plurales de la ciudad, destilando un alcohol refinado de escenas irrepetibles, estruendo de desmesuradas construcciones condenadas a permanecer inacabadas.

El ingeniero descubre una nueva versión de la soledad y avanza lúcido sorteando asfaltos impertinentes. La fábrica a la vista es deformación de un bajo continuo, apropiado para la Stravaganza y cuartetos nocturnos sin componer. A un costado lo interpela el hueco momificado de la vieja estación. La ciudad le concedió al tiempo la tarea de demolerla decidida a desembarazarse de un pasado doloroso; necesitada igual de conservar intactos una última tablilla consultada de horarios y combinaciones, imprescindible para llegar a cualquier destino en la región.

Al frente descubre la barrera de contención y el muro imponente de la base submarina nazi, extenso como la muralla china. Durante las horas de la noche el paisaje lunar adquiere otra contundencia obsequiada por la reivindicación cósmica de las estrellas.

El ingeniero quedó fijado en la cruz de esos escenarios donde llegan trenes vacíos del pasado, parten submarinos alevosos sin tripulación, termina la calle Stalingrad y comienzan a carenarse historias del diccionario de la

oralidad. Punto imaginado y material, centro de la obra en progreso, cero de cuatro series contradictorias.

Lugar imaginario de la ciudad sumergida desde donde Armand rearma el pasado irrepetible, sueño que se olvida, la realidad es mera ilusión mientras lo esencial sea invisible a los ojos.

## XI

**Desde** un punto definido por la imaginación sin necesidad de adentrarse en cálculos complejos, Armand compuso una realidad auxiliar al recorrer los últimos tramos de la noche pendientes. Decidió cambiar de música inventando esa escenografía ilusoria con paisajes que venía necesitando; escuchó sirenas (¿de navíos, provenientes del mar, anuncios de ataque aéreo, voces femeninas recostadas a la roca, allanamientos en la noche montevideana?) pero falta el mástil principal donde hacerse atar como Cuatro Relojes, negándose a la cera maleable para taparse los oídos, mientras la nave avanza entre arrecifes de palabras amenazantes.

Quiere escuchar los cuentos repetidos del pasado, dejarse encantar hasta la muerte de la conciencia, la imaginación y la memoria si fuera necesario. Una luz intermitente de semáforo roto le da paso para cruzar invitándolo al otro lado menos placentero de la existencia.

Al ingresar a la zona excluida del tiempo en pocos lugares del mundo no se es un desconocido, el ingeniero hoy y que ahí dejaba de serlo; reconoce la voz de Ricardo Cocciante cantando Margarite y se encamina hasta una mesa junto a cortinas de terciopelo que impiden observar lo que sucede afuera.

Con la vista adaptándose a la luminosidad ambiente recorre las botellas ordenadas en los estantes de la barra, marcas desconocidas, logotipos que forman parte de la historia, licores envejecidos al límite. "Nunca estuve aquí."

- ¿Es temprano para que llegue la gente? - le preguntó a la mujer que vino a saludarlo, como si él hubiera estado allí anoche y anteanoche.

-Aquí nunca es tarde ni temprano, tiene la fortuna de haber llegado y disfrútela. Si llegó a esta conversación es porque quiso hacerlo o decidió regresar... quien sabe. ¿Zubrówka?

-Qué otra cosa...

El lugar estaba saturado de una caótica acumulación de objetos; era un templo del culto politeísta al mar, el tiempo y la muerte donde generaciones de parroquianos dejaron ofrendas originales. Testimoniando su fe después de algún milagro: salvarse de un temporal nocturno, dos siete y dos once seguidos en los dados, una noche de amor con la mujer deseada durante muchas travesías.

Sin el bullicio de encuentros concertados cada personaje de los escasos apoyados en un mostrador y repartidos por las mesas buscaban olvidos diferentes. Desde el lugar de Armand era visible parcialmente la totalidad del local, a primera vista era imposible deducir el número de salones que se intercomunicaban entre ellos; lo más probable es que fueran cuatro, número posible en la cábala oculta de la ciudad hospedando el misterio.

El ingeniero se sentía bien de ánimo adentro del refugio y que hacía años lo esperaba; con el vaso de vodka en la mano, como lo hacen visitantes en tránsito curiosos, recorrió con la mirada paredes y muros identificando en su travelling los objetos expuestos, primero los cuadros. Acuarelas aguadas con tranquilas marinas de pescadores en amanecer, espesos óleos de catástrofes reflejando velámenes desgarrados en alta mar.

Luego se acercó al muro de las postales estampilladas llegadas de todos los correos del mundo, imágenes de costas dentadas y rocosas, amarraderos que podían ser de aquí, oraciones manuscritas en italiano del sur, castellano de la meseta central y danés entre fiordos. Señales sepia queriendo fijar momentos irrepetibles, con voluntad de impedir que una breve tregua de la felicidad llegue a repetirse. En una de las paredes le pareció reconocer la Bahía del Monte VI de su propia ciudad, la silueta del Cerro referente de los navegantes; los grises predominantes y los pretiles de casas bajas eran de hace más de medio siglo.

Cada cartulina aislada ejercía su propia presión sobre los muros, susurrando que había en ese perímetro acartonado un relato adormecido, acechando ser narrado oralmente y acaso ser escrito. Ante ese oleaje de episodios, buscando despertar en un peñón estratégico donde todo lo especulado resulta creíble, Armand recobró la lucidez que se produce al entre en contacto tangible con el espíritu de lo fantástico.

Le agradó ser allí un hombre sensible a practicar el juego matemático de las variaciones, sabiendo que su hora señalada es la cita del miércoles con el equipo técnico de los astilleros. Había en el refugio camuflado la intención fehaciente de relativizar las cargas de las despedidas, reproducidas por el alejarse incesante de navíos en perdición y la llegada de correspondencia con remitentes inventados.

En esa atmósfera de lenta aclimatación, lamentó no reconocer lo suficiente a ningún habitante de la ciudad - exceptuando a su padre- para justificar el gesto de enviar una postal testimonial y proveniente del sur la próxima semana. Aun así, antes del miércoles que viene asistiría a otra entrevista sin cita consignada en agenda alguna y de resultas una celada se formaba siendo las imágenes señuelo seguro.

Sobre una madera de remo atravesada -entre un cabo cayendo desde el techo y el pentágono perfecto de una estrella de mar que hipnotiza- Armand descubrió la misma foto, pasada la sorpresa inicial recuperó la lógica necesaria a la verosimilitud. Un alguien desconocido y desde otro tiempo en un lugar de la máquina mágica envió, mediante trámite diferido, la postal que lo aguardaba en el muro con paciencia obstinada, hasta que él llegara en su condición de destinatario.

Eran los mismos cuatro hombres poblando la imagen, similar a una pesadilla repetida con idéntico gesto cada

uno. La soberbia de la vida aventurera por delante y desafiante uno, dos, tres, cuatro... los tiempos que fueran necesarios a sus vidas hipotecadas a plazo fijo. En primera reacción, Armand pensó que era la misma foto suya que le fue sustraída en algún descuido; parecía ser otro papel sensible y una diferente técnica de fijación. Lo único idéntico en común era el momento de la luz transfigurada y los protagonistas. Era sin duda una copia; también podría serlo la versión que estaba en su poder y la foto que tenía delante de sus ojos el único original. Cabría la posibilidad, nada descartable, de que las dos imágenes en cuestión fueran copia fiel de un tercer original perdido. Quemado, escondido entre objetos en desuso –con el tiempo se perdió el manual de instrucciones- y jabones viejos olvidados entre toallas bordadas que perdieron fragancia.

La contempló como si nada de allí le concerniera a su novela familiar, comparando y dándole la importancia que tienen dos imágenes curiosamente idénticas y él se hubiera propuesto buscar las siete diferencias; allí no las había diferencias el transcurrir del tiempo. Armand se propuso que mañana sin falta regresaría al local para observarlo con mayor atención.

El plano era el mismo de siempre y fuera de foco, a los costados había una hilera doble de columnas de hierro y prontas para fijar las placas; al fondo, la intromisión mecánica de una grúa dinosaurio trasladando vigas. En ese panorama con ruido de trabajo los detalles determinantes

pierden definición de grano y punto hasta confundirse en un tono semejante.

Ellos están en el interior de un barco a medio construir. En primer plano los cuatro hombres jóvenes, impresionados por el momento solemne de la toma. A un costado –error, curiosidad, búsqueda inocente de inmortalidad-, un obrero intrigado miró fijo el objetivo de la máquina de trípode al producirse el desplazamiento mecánico de la cortinilla y el fogonazo del magnesio: con un cigarrillo recién separado de los labios, dándose cuenta tarde que el instante es de los otros con nombre propio y él quedara fijado en tanto comparsa polizante de los desconocidos. En la mirada con algo de desafío, tienen la ingenuidad de cuando el mundo creía que la alquimia fotográfica era un artificio de la inmortalidad.

Armand reconoce entre ellos a su padre; sabe que si hurgara en archivos y otras buhardillas de la ciudad la cara del joven Jean-Marc reaparecería.

-Estaba segura cuando lo vi entrar que terminaría encontrado algo personal, dijo la mujer parándose detrás del ingeniero.

Metido como estaba allá en el estruendo de la construcción del Normandie, él oyó las palabras de la mujer sin haberla escuchado acercarse.

Ella dejó que el extranjero mirara un buen rato la fotografía permitiéndose así armar una estrategia; antes de abrir la boca el ingeniero dedujo la inutilidad de avanzar



preguntas que ella tenía previstas, prefiriendo aguardar la respuesta esperada que siempre es una sola. Si él preguntó, fue por sonorizar la película muda que lo envolvía y retomar una conversación pendiente entre viejos camaradas de andanzas.

- ¿Cómo se llama el lugar?

- ¿La ciudad, aquella mujer que fuma... el barco?

-Da lo mismo ¿no?

-Si, claro: da lo mismo. Despreocúpese... ya se enterará. ¿A cuál de esos cuatro conoce?

Armand permaneció en silencio como toda respuesta, nada especial en su psicología, un rumor en el ambiente llevándolo a poner en entredicho hasta las más elementales de sus convicciones.

-Bueno... esto tampoco interesa... usted tendrá sus razones. Todos las tienen... algunos para venir en clandestino a contarme la vida y otros a buscar la soledad tan amada. También los hay que se quedan como usted mirando algún rincón. Mírelos bien a esos cuatro... en algún momento allí había una historia triste y el pesar de los años. Entre el olvido agresivo y los deseo de continuar viviendo todo resulta sencillo; así como lo ve... desde niños esos cuatro fueron inseparables. Juntos en comenzar a trabajar y ganarse la vida, las alegrías de vino, integrar la primera línea en huelgas salvajes y cuando la ciudad cayó en manos enemigas, participaron en acciones violentas de sabotaje. La palabra traición que todavía se pinta en los

muros de allí fuera exime de interés cualquier otra explicación plausible. Creo que me contaron, hace años de eso la totalidad de la historia y en detalle; pero olvidé los pormenores... recuerdo que alguno de ellos se escapó y otros se murieron... pobrecitos. ¿A quién puede importarles después de tantos años cuál de los cuatro entregó a los amigos? Una a veces se queja... pero le regalo vivir en aquellos días de su amigo... ¿Me permite un minuto?

**Armand** necesitó salir al aire libre y la navaja le pesaba en el bolsillo del saco; manteniendo la calma después de la experiencia encontró la puerta de emergencia. Una vez fuera y habiendo empezado a caminar prefirió no volver la cabeza buscando retener nombres y ubicaciones.

En el primer árbol que encontró a oscuras, como los perros vagabundos orinó abundantemente, despreocupado pues a esas horas nadie recorre la ciudad. Sentía frío, estaba lucido y lloviznaba sobre la ciudad, la noche esa anunciaba un mes de diciembre como los de antes cuando los inviernos eran inviernos verdaderos.

Avanzó algunas cuadras y unos metros incalculables, en su marcha recuperó la osamenta carcomida de la vieja Estación de ventanales tapiados y las arcadas ruinosas por donde sólo pasa la energía perdida del viento.

En esa coordenada del Cosmos no sabría como regresar al bar de la segunda fotografía y tampoco ello tenía sentido, estaría escondido en un rincón inaccesible, un pasaje invisible de los que circundan terminales abandonadas. Supo que cruzó barreras infranqueables prohibiendo el acceso y se le permitió en su primer día en la ciudad, el privilegio de conocerla entrando por la puerta del destiempo. Dudaba si había logrado regresar al presente convencional o permanecía del otro lado de la muerte; temía que fuera tarde para una reconciliación.

Estaban encendidas –sin justificación legítima- las luces artificiales a la espera de viajeros extraviados cada vez menos frecuentes, las hileras de columnas en avenidas del descampado eran pistas estrechas para aterrizajes de emergencia, balizas petrificadas apuñaladas al cemento guiando la ruta hacia ninguna parte. Una acrobacia sin red sostenía en lo alto los focos anaranjados, que el viento mecía con agilidad sincronizada sin que falle ninguna en la zona franca de la imaginación.

## XII

**E**l ingeniero se calmó amortizando el ruido de las máquinas nocturnas y que la segunda vez le parecieron el despegue de una escuadrilla de cuatrimotores. Como un submarino detectado y tocado por cuatro bombas de profundidad, buscó resguardarse en los huecos del muro de la base a riesgo de ser interpelado por un centinela perdido entre los tiempos.

Al abrigo de esa exageración entendió la imposibilidad de derribarla, tampoco se autodestruyen las fotografías. La base submarina era un buque fantasma de cemento insumergible y que ninguna naviera quiere llevarse para organizar cruceros de placer en los mares del Sur. La estructura compleja de acero y electricidad es la caja negra de la ciudad donde quedan registradas –por si alguna vez en el futuro sucede otra catástrofe- las voces emitidas en situaciones límites.

Soubervielle giraba en un punto imaginario donde lo tenía todo para él: a un lado el Mar y al otro se adivinaba el reposo de barrios populares; una intersección con el pasado desde donde avistaba neblinas de espesor furtivo combinándose, formas que se confunden con puentes de cuatro cabezas y barcos de rumbo zigzagueante zozobrando en la desolación.

La ciudad expulsa argumentos sorprendentes, el tiempo contribuye a inventar historias fantásticas y las conduce a remo hasta el límite mitológico de la escritura; como las fiestas populares, monólogos esquizoides de contestadores automáticos y la salida regulada de los barcos pesqueros en cada crepúsculo. Coexiste entre tanto la otra necesidad de recordar las noches que a fuerza de verdad son irrepetibles; una sola noche –la de un lunes predestinado– del mes de noviembre es suficiente, aunque imponga un desarrollo ritmado en cuatro tiempos igual que algunas sonatas para piano de ejecución dificultosa.

**E**l muro eterno de la base submarina es mucho más alto que las tapias de los cementerios urbanos. La estructura nazi chorrea humedad como si recién hace cuatro horas la hubieran extraído de lo hondo del estuario. De la misma manera que se infiltran las humedades en el cemento compacto se destila en el aire y sorteando el sonido ensordecedor de máquinas desmesuradas una música humana.

Una fisura semejante a la puerta cancel da paso al interior: hay cadenas prohibiendo con anuncios el ingreso a extraños, toda persona ajena al personal, desvinculados de la empresa, extranjeros en general y entrometidos de paso, están escritos en las lenguas reconocibles incluyendo el alemán. El ingeniero leyó en las advertencias la invitación prometiendo una ampliación de la fotografía y cajas remanentes de un cargamento de Zubrówka.

El interior confirma el presentimiento de ruinas y penumbras, una quietud tumbal de los valles de Luxor rechaza la movilidad propia de un tráfico intenso de submarinos de nombres mitológicos. Mutando las formas geométricas de ballenas a medio sumergir, se balancean arrullados por la marea mensual ingresando del estuario y respetando el horario fijado por la luna. Unos pesqueros dormidos en un refugio excesivo para prevenir temporales por más furiosos que arremetan. Portones alambrados de presido y tierra resbaladiza donde se hundan las huellas de Armand señalan el camino insinuado hacia el sonido.

Al otro extremo de la penumbra dejando atrás chatarra en desusos, bidones molestos y escoria eterna se recorta la silueta de un hombre. La única luz proviene de una bombilla de baja intensidad que desciende desde el techo a la manera de un insecto robot. De inmediato Armand descarta la vigilancia del guardián nocturno de la Nada, es alguien canturreando delante del oleaje y que penetra sistemático, reglamentado y previsible. Canta para el mismo y para nadie, en el interior del crustáceo rectangular hueco y de cemento ensancha su soledad; repite una y otra vez la misma letanía: es canto negro de dolor aligerado del cargamento de barcos del pasado.

El ingeniero supo que sería inútil hacer cualquier otra cosa alrededor del universo que comenzar a fumar y escuchar sin interrumpir el mismo tema cantado cada vez que recomenzaba de forma diferente; donde cada retorno incorpora la nota sorprendente, un enlace inesperado entre tonos bajos, la prolongación milagrosa de un agudo de cuatro décimas de segundo, una variación sutil en la rítmica improvisada de la respiración que logra anexar una secuencia diferente a la otra. Estar ahí y transportando mentalmente es el único gesto con sentido y creíble dentro del relato buscando la salida. Soubervielle se pregunta – escuchando ese canto de esclavos espectrales- si de verdad algún día tendrá lugar el encuentro pactado con los ingenieros del astillero; para consultar con tablas luminosas, estudios comparativos y pruebas de laboratorio



de suma precisión, sobre la resistencia de los cascos marinos diseñados por computadora a la presión de los océanos.

Mientras organiza la mente, en ese interior de ingreso prohibido persiste goteando una lluvia sincopada. "Puede ser la música que dicen se oye salir de aquí después de medianoche, de origen desconocido y saturada por el ruido ensordecedor de la construcción vecina y puede que todo lo que me rodea lo esté soñando." En algún vericuetto del pensamiento desdoblado, improvisado como el canto escuchado, reconoce su ignorancia de la trama mayor.

Igual se acopla a la ilusión que exige el tributo sacrificial de su presencia, sería preferible que lo visto por sus ojos fuera un entremés en aire de comedia y montado para él. El conjunto posee la contundencia de lo demasiado real, desbaratando la doble versión del sueño y del vodka bebido. Mira hacia el hueco por donde entró alguna vez en el pasado y le parece ver viajeros venidos de la vieja estación; se siente blanco privilegiado de una batería de los sentidos, arreciando un ataque apiñado sobre su cordura tambaleante y fuego a discreción. Tiene para resistir a la ofensiva tan solo una pequeña hoja de navaja sin abrir y la resolución, el mandato recibido delante de la foto.

"¿Cómo avisarle a papá de lo que viene?"

El hombre negro permanece encadenado a recuerdos encallecidos, sin parar de cantar en la ciudad ocupada donde los habitantes olvidaron el secreto para matar el

tiempo; empresa tan desalentadora como enfrentarse desarmado a un monstruo intemporal de cuatro cabezas, de reproducción incesante cuando se llega a cortar una de ellas.

El negro calla, abre las alas en un movimiento lento de coordinación celeste y dice sin mirar a Soubervielle:

-Aquí las cosas de la muerte aguardan del otro lado de los puentes.

**E**l ingeniero emerge del vientre vacío de la base submarina, regresa a la explanada y camina sin pensar hasta llegar al descampado entre el agua y los depósitos frigoríficos. Hoy Jean-Marc no vendría, además es lunes y no viernes habiendo entonces que ir en su búsqueda. El límite del ahogo, la conciencia del ingeniero emerge a la realidad de la noche alertada por el sonido fundido de campanadas automáticas.

Comienza a correr de manera desordenada, con las pocas fuerzas que logre reclutar mientras la respiración parece de branquias exigidas al límite. La noche insensible al episodio clausura compuerta tras compuerta; en paralelo corre junto a un barco inmenso y herrumbroso atracado a su izquierda aguardando el trabajo matinal de grúas y depósitos. Los cabos agazapados están tensos y hay en cubierta unas pocas luces encendidas; a un costado, la estrecha y vertical escalerilla a nadie espera de tan tarde que es.

Soubervielle pasa debajo de las grúas y la horizontal del encuadre se modifica, por dos o tres encuentros que después de todo tampoco eran para tanto, pasó de ser un hombre descreído de las coincidencias a estar desesperado, estático y delante del puente levadizo. El contrapeso de una gigantesca masa cúbica y metálica se niega a darle paso, maldice los duendes nocturnos que levantaron el puente delante de sus narices.

Transcurren algunos minutos que le parecieron eternos, retrotrayéndolo a la impaciencia infantil de cuando despedía el Vapor de la Carrera en el cruce diario del río de la Plata. El puente se mueve sin ninguna prisa, la estructura se contenta con permanecer erguida y conectar con embarcaderos celestes de Alfa del Centauro. Soubervielle repetía en voz alta que él nunca había deseado que la visita y todo se precipitara así pero ya estaba.

Necesitaba solucionar la confusión de la mejor manera; si los hechos fatalmente debían sucederse una detrás de otro, que ello se concreta lo más pronto posible. La magia nunca es el encuentro con lo extraño, sino el terror ante la eventualidad de que todo es posible; sin excluir la inocente apariencia de una pequeña ciudad de provincia, donde sin pausa se urde una trama que nace en calles duplicadas, nombres, plazas del destiempo aturdiendo a los recién llegados, sin que el otro día estén dispuestos a confesarlo. Una historia pesa con densidad en el lunes que es martes y la navaja cerrada en el bolsillo del saco, como pesa la imagen disolviéndose de un íntimo secreto de familia.

Ese puente preciso le impide avanzar hasta alcanzar el otro lado del Tiempo donde aguarda la ciudad de hace medio siglo. En esos tráficos se les niega toda piedad a los seres insomnes, incapaces de aceptar bases submarinas nazis, viejas estaciones de tren, bares trasnochadores y los puentes del sueño. Le quedaba como recurso la excusa del sonambulismo uruguayo extraviado entre paralelos y

meridianos, rechazar sabidas trampas del recuerdo y la presión de corrientes marinas personales; aceptar el chantaje fulminante del puerto hechizado donde podían reflotar tripulaciones del pasado.

Una a una descartó los pretextos, a sus costados, simulando la acción de máquina amenazante de utilidad desconocida, un juego brutal de dientes y engranajes recomienza un movimiento ascendente, anunciando que el efecto del tiempo reinicia sus eternas actividades. Sin esperar que se cumpla el minuto requerido para el reacomodo de toda la estructura, cuando el sólido cubico libera una franja de espacio y el contrapeso se eleva, el ingeniero se agacha y pasa por debajo de la barrera.

Mientras inicia un camino ascendente observa bajar el extremo distante del puente levadizo buscando el segundo apoyo. Nada se vislumbra en la segunda orilla que parece más lejana de lo previsto y lo desconcierta un resplandor de incipiente amanecer. Sube y avanza hacia el otro lado, recuerda en ese instante la cita del próximo miércoles 10h. 30 para ser precisos, con colegas responsables del Monarch of the Seas. Eso puede esperar, es imperativo ahora que corra y se dé prisa. Debe llegar a la salida del turno nocturno de los obreros del Normandie "a llevarle a padre la navaja que lo salve y contarle que rondan traiciones capaces de enviar a pique una vida."

